

# *Metamorfosis*

*Ovidio*

# Libro primero

## Invocación

Me lleva lleva el ánimo a decir las mutadas formas  
a nuevos cuerpos: dioses, estas empresas mías –pues vosotros los mutasteis–  
aspirad, y, desde el primer origen del cosmos  
hasta mis tiempos, perpetuo desarrollad mi poema.

## El origen del mundo

<sup>5</sup>Antes del mar y de las tierras y, el que lo cubre todo, el cielo,  
uno solo era de la naturaleza el rostro en todo el orbe,  
al que dijeron Caos, ruda y desordenada mole  
y no otra cosa sino peso inerte, y, acumuladas en él,  
unas discordes simientes de cosas no bien unidas.

<sup>10</sup>Ningún Titán todavía al mundo ofrecía luces,  
ni nuevos, en creciendo, reiteraba sus cuernos Febe,  
ni en su circunfuso aire estaba suspendida la tierra,  
por los pesos equilibrada suyos, ni sus brazos por el largo  
margen de las tierras había extendido Anfitrite,

<sup>15</sup>y por donde había tierra, allí también ponto y aire:  
así, era inestable la tierra, innadable la onda,  
de luz carente el aire: ninguno su forma mantenía,  
y estorbaba a los otros cada uno, porque en un cuerpo solo  
lo frío pugnaba con lo caliente, lo humedecido con lo seco,

<sup>20</sup>lo mullido con lo duro, lo sin peso con lo que tenía peso.

Tal lid un dios y una mejor naturaleza dirimió,  
pues del cielo las tierras, y de las tierras escindió las ondas,  
y el fluente cielo segregó del aire espeso.

Estas cosas, después de que las separó y eximió de su ciega acumulación,

<sup>25</sup>disociadas por lugares, con una concorde paz las ligó.

La fuerza ígnea y sin peso del convexo cielo  
rieló y un lugar se hizo en el supremo recinto.

Próximo está el aire a ella en levedad y en lugar.

Más densa que ellos, la tierra, los elementos grandes arrastró

<sup>30</sup>y presa fue de la gravedad suya; el circunfluyente humor  
lo último poseyó y contuvo al sólido orbe.

Así cuando dispuesta estuvo, quien quiera que fuera aquel, de los dioses,

esta acumulación sajó, y sajada en miembros la rehizo.  
En el principio a la tierra, para que no desigual por ninguna  
<sup>35</sup>parte fuera, en forma la aglomeró de gran orbe;  
entonces a los estrechos difundirse, y que por arrebatadores vientos se entumecieran  
ordenó y que de la rodeada tierra circundaran los litorales.  
Añadió también fontanas y pantanos inmensos y lagos,  
y las corrientes declinantes ciñó de oblicuas riberas,  
<sup>40</sup>las cuales, diversas por sus lugares, en parte son sorbidas por ella,  
al mar arriban en parte, y en tal llano recibidas  
de más libre agua, en vez de riberas, sus litorales baten.  
Ordenó también que se extendieran los llanos, que se sumieran los valles,  
que de fronda se cubrieran las espesuras, lapídeos que se elevaran los montes.  
<sup>45</sup>Y, como dos por la derecha y otras tantas por su siniestra  
parte, el cielo cortan unas fajas –la quinta es más ardiente que aquéllas–,  
igualmente la carga en él incluida la distinguió con el número mismo  
el cuidado del dios, y otras tantas llagas en la tierra se marcan.  
De las cuales la que en medio está no es habitable por el calor.  
<sup>50</sup>Nieve cubre, alta, a dos; otras tantas entre ambas colocó  
y templanza les dio, mezclada con el frío la llama.  
Domina sobre ellas el aire, el cual, en cuanto es, que el peso de la tierra,  
su peso, que el del agua, más ligero, en tanto es más pesado que el fuego.  
Allí también las nieblas, allí aposentarse las nubes  
<sup>55</sup>ordenó, y los que habrían de conmover, los truenos, las humanas mentes,  
y con los rayos, hacedores de relámpagos, los vientos.  
A ellos también no por todas partes el artífice del mundo que tuvieran  
el aire les permitió. Apenas ahora se les puede impedir a ellos,  
cuando cada uno gobierna sus soplos por diverso trecho,  
<sup>60</sup>que destrocen el cosmos: tan grande es la discordia de los hermanos.  
El Euro a la Aurora y a los nabateos reinos se retiró,  
y a Persia, y a las cimas sometidas a los rayos matutinos.  
El Anochecer y los litorales que con el caduco sol se templan,  
próximos están al Céfiro; Escitia y los Siete Triones  
<sup>65</sup>horrendo los invadió el Bóreas. La contraria tierra  
con nubes asiduas y lluvia la humedece el Austro.  
De ello encima impuso, fluido y de gravedad carente,  
el éter, y que nada de la terrena hez tiene.  
Apenas así con lindes había cercado todo ciertas,  
<sup>70</sup>cuando, las que presa mucho tiempo habían sido de una calina ciega,  
las estrellas empezaron a hervir por todo el cielo,  
y para que región no hubiera ninguna de sus vivientes huérfana,

los astros poseen el celeste suelo, y con ellos las formas de los dioses;  
cedieron para ser habitadas a los nítidos peces las ondas,  
<sup>75</sup>la tierra a las fieras acogió, a los voladores el agitable aire.

Más santo que ellos un viviente, y de una mente alta más capaz,  
faltaba todavía, y que dominar en los demás pudiera:  
nacido el hombre fue, sea que a él con divina simiente lo hizo  
aquel artesano de las cosas, de un mundo mejor el origen,  
<sup>80</sup>sea que reciente la tierra, y apartada poco antes del alto  
éter, retenía simientes de su pariente el cielo;  
a ella, el linaje de Jápeto, mezclada con pluviales ondas,  
la modeló en la efigie de los que gobiernan todo, los dioses,  
y aunque inclinados contemplan los demás vivientes la tierra,  
<sup>85</sup>una boca sublime al hombre dio y el cielo ver  
le ordenó y a las estrellas levantar erguido su semblante.  
Así, la que poco antes había sido ruda y sin imagen, la tierra  
se vistió de las desconocidas figuras, transformada, de los hombres.

### **Las edades del hombre**

Áurea la primera edad engendrada fue, que sin defensor ninguno,  
<sup>90</sup>por sí misma, sin ley, la confianza y lo recto honraba.  
Castigo y miedo no habían, ni palabras amenazantes en el fijado  
bronce se leían, ni la suplicante multitud temía  
la boca del juez suyo, sino que estaban sin defensor seguros.  
Todavía, cortado de sus montes para visitar el extranjero  
<sup>95</sup>orbe, a las fluentes ondas el pino no había descendido,  
y ningunos los mortales, excepto sus litorales, conocían.  
Todavía vertiginosas no ceñían a las fortalezas sus fosas.  
No la tuba de derecho bronce, no de bronce curvado los cuernos,  
no las gáleas, no la espada existía. Sin uso de soldado  
<sup>100</sup>sus blandos ocios seguras pasaban las gentes.  
Ella misma también, inmune, y de rastrillo intacta, y de ningunas  
rejas herida, por sí lo daba todo la tierra,  
y, contentándose con unos alimentos sin que nadie los obligara creados,  
las crías del madroño y las montañas fresas recogían,  
<sup>105</sup>y cornejos, y en los duros zarzales prendidas las moras  
y, las que se habían desprendido del anchuroso árbol de Júpiter, bellotas.  
Una primavera era eterna, y plácidos con sus cálidas brisas  
acariciaban los céfiros, nacidas sin semilla, a las flores.  
Pronto, incluso, frutos la tierra no arada llevaba,  
<sup>110</sup>y no renovado el campo canecía de grávidas aristas.

Corrientes ya de leche, ya corrientes de néctar pasaban,  
y flavas desde la verde encina goteaban las mieles.

Después de que, Saturno a los tenebrosos Tártaros enviado,  
bajo Júpiter el cosmos estaba, apareció la plateada prole,  
<sup>115</sup>que el oro inferior, más preciosa que el bermejo bronce.

Júpiter contrajo los tiempos de la antigua primavera  
y a través de inviernos y veranos y desiguales otoños  
y una breve primavera, por cuatro espacios condujo el año.

Entonces por primera vez con secos hervores el aire quemado  
<sup>120</sup>se encandeció, y por los vientos el hielo rígido quedó suspendido.

Entonces por primera vez entraron en casas, casas las cavernas fueron,  
y los densos arbustos, y atadas con corteza varas.

Simientes entonces por primera vez, de Ceres, en largos surcos  
sepultadas fueron, y hundidos por el yugo gimieron los novillos.

<sup>125</sup>Tercera tras aquella sucedió la broncínea prole,  
más salvaje de ingenios y a las hórridas armas más pronta,  
no criminal, aun así; es la última de duro hierro.

En seguida irrumpió a ese tiempo, de vena peor,  
toda impiedad: huyeron el pudor y la verdad y la confianza,

<sup>130</sup>en cuyo lugar aparecieron los fraudes y los engaños  
y las insidias y la fuerza y el amor criminal de poseer.

Velas daba a los vientos, y todavía bien no los conocía  
el marinero, y las que largo tiempo se habían alzado en los montes altos  
en oleajes desconocidos cabriolaron, las quillas,

<sup>135</sup>y común antes, cual las luces del sol y las auras,  
el suelo, cauto lo señaló con larga linde el medidor.

Y no sólo sembrados y sus alimentos debidos se demandaba  
al rico suelo, sino que se entró hasta las entrañas de la tierra,  
y las que ella había reservado y apartado junto a las estigias sombras,

<sup>140</sup>se excavan esas riquezas, agujadas de desgracias.

Y ya el dañino hierro, y que el hierro más dañino el oro  
había brotado: brota la guerra que lucha por ambos,  
y con su sanguínea mano golpea crepitantes armas.

Se vive al asalto: no el huésped de su huésped está a salvo,  
<sup>145</sup>no el suegro de su yerno, de los hermanos también la gracia rara es.

Acecha para la perdición el hombre de su esposa, ella del marido,  
cetrinos acónitos mezclan terribles madrastras,  
el hijo antes de su día inquiere en los años del padre.

Vencida yace la piedad, y la Virgen, de matanza mojadas,  
<sup>150</sup>la última de los celestes, la Astrea, las tierras abandona.

## **La Gigantomaquia**

Y para que no estuviera que las tierras más seguro el arduo éter,  
que aspiraron dicen al reino celeste los Gigantes,  
y que acumulados levantaron hacia las altas estrellas sus montes.  
Entonces el padre omnipotente enviándoles un rayo resquebrajó  
<sup>155</sup>el Olimpo y sacudió el Pelión del Osa, a él sometido;  
sepultados por la mole suya, al quedar sus cuerpos siniestros yacentes,  
regada de la mucha sangre de sus hijos dicen  
que la Tierra se impregnó, y que ese caliente crúor alentó,  
y para que de su estirpe todo recuerdo no desapareciera,  
<sup>160</sup>que a una faz los tornó de hombres. Pero también aquel ramo  
despreciador de los altísimos y salvaje y avidísimo de matanza  
y violento fue: bien sabrías que de sangre habían nacido.

## **El concilio de los dioses (I)**

Lo cual el padre cuando vio, el Saturnio, en su supremo recinto,  
gime hondo, y, todavía no divulgados por recién cometidos,  
<sup>165</sup>los impuros banquetes recordando de la mesa de Licaón,  
ingentes en su ánimo y dignas de Júpiter concibió unas iras,  
y el consejo convoca; no retuvo demora ninguna a los convocados.  
Hay una vía sublime, manifiesta en el cielo sereno:  
Láctea de nombre tiene, por su candor mismo notable.  
<sup>170</sup>Por ella el camino es de los altísimos hacia los techos del gran Tonante  
y su real casa: a derecha e izquierda los atrios  
de los dioses nobles van concurriéndose por sus compuertas abiertas,  
la plebe habita otros, por sus lugares opuestos: en esta parte los poderosos  
celestiales y preclaros pusieron sus penates.  
<sup>175</sup>Éste lugar es, al que, si a las palabras la audacia se diera,  
yo no temería haber llamado los Palacios del gran cielo.

Así pues, cuando los altísimos se sentaron en su marmóreo receso,  
más excelso él por su lugar, y apoyado en su cetro marfileño,  
terrorífica, de su cabeza sacudió tres y cuatro veces  
<sup>180</sup>la cabellera, con la que la tierra, el mar, las estrellas mueve;  
de tales modos después su boca indignada libera:  
“No yo por el gobierno del cosmos más ansioso en aquella  
ocasión estuve, en la que cada uno se disponía a lanzar,  
de los angüípedes, sus cien brazos contra el cautivo cielo,  
<sup>185</sup>pues aunque fiero el enemigo era, aun así, aquélla de un solo  
cuerpo y de un solo origen pendía, aquella guerra;

ahora yo, por doquiera Nereo rodeándolo hace resonar todo el orbe,  
al género mortal de perder he: por las corrientes juro  
infernales, que bajo las tierras se deslizan a la estigia floresta,  
<sup>190</sup>que todo antes se ha intentado, pero un incurable cuerpo  
a espada se ha de sajar, por que la parte limpia no arrastre.  
Tengo semidioses, tengo, rústicos númenes, Ninfas  
y Faunos y Sátiros y montañeses Silvanos,  
a los cuales, puesto que del cielo todavía no dignamos con el honor,  
<sup>195</sup>las que les dimos ciertamente, las tierras, habitar permitamos.  
¿O acaso, oh altísimos, que bastante seguros estarán ellos creéis,  
cuando contra mí, que el rayo, que a vosotros os tengo y gobierno,  
ha levantado sus insidias, conocido por su fiereza, Licaón?”  
Murmuraron todos, y con afán ardido al que osó  
<sup>200</sup>tal reclaman: así, cuando una mano impía se ensañó  
con la sangre de César para extinguir de Roma el nombre,  
atónito por el gran terror de esta súbita ruina  
el humano género queda y todo se horrorizó el orbe,  
y no para ti menos grata la piedad, Augusto, de los tuyos es  
<sup>205</sup>que fue aquella para Júpiter. El cual, después de que con la voz y la mano  
los murmullos reprimió, guardaron silencios todos.  
Cuando se detuvo el clamor, hundido del peso del soberano,  
Júpiter de nuevo con este discurso los silencios rompió:

### **Licaón**

“Él, ciertamente, sus castigos –el cuidado ese perded– ha cumplido.  
<sup>210</sup>Mas que lo cometido, cuál sea su satisfacción, os haré saber.  
Había alcanzado la infamia de ese tiempo nuestros oídos;  
deseándola falsa desciendo del supremo Olimpo  
y, dios bajo humana imagen, lustro las tierras.  
Larga demora es de cuánto mal se hallaba por todos lados  
<sup>215</sup>enumerar: menor fue la propia infamia que la verdad.  
El Ménalo había atravesado, por sus guaridas horrendo de fieras,  
y con Cilene los pinares del helado Liceo:  
del Árcade a partir de ahí en las sedes, y en los inhóspitos techos del tirano  
penetro, cuando traían los tardíos crepúsculos la noche.  
<sup>220</sup>Señales di de que había llegado un dios y el pueblo a suplicar  
había empezado: se burla primero de esos piadosos votos Licaón,  
luego dice: “Comprobaré si dios éste o si sea mortal  
con una distinción abierta, y no será dudable la verdad.”  
De noche, pesado por el sueño, con una inopinada muerte a perderme

<sup>225</sup>se dispone: tal comprobación a él le place de la verdad.

Y no se contenta con ello: de un enviado de la nación  
molosa, de un rehén, su garganta a punta tajó  
y, así, semimuecos, parte en hirvientes aguas  
sus miembros ablanda, parte los tuesta, sometiéndolos a fuego.

<sup>230</sup>Lo cual una vez impuso a las mesas, yo con mi justiciera llama  
sobre unos penates dignos de su dueño torné sus techos.

Aterrado él huye y alcanzando los silencios del campo  
aúlla y en vano hablar intenta; de sí mismo  
recaba su boca la rabia, y el deseo de su acostumbrada matanza

<sup>235</sup>usa contra los ganados, y ahora también en la sangre se goza.

En vellos se vuelven sus ropas, en patas sus brazos:  
se hace lobo y conserva las huellas de su vieja forma.

La canicie la misma es, la misma la violencia de su rostro,  
los mismos ojos lucen, la misma de la fiereza la imagen es.

<sup>240</sup>Cayó una sola casa, pero no una casa sola de perecer  
digna fue. Por doquiera la tierra se expande, fiera reina la Erinis.

Para el delito que se han conjurado creerías; cumplan rápido todos,  
los que merecieron padecer, así consta mi sentencia, sus castigos.”

### **El concilio de los dioses (II)**

Las palabras de Júpiter parte con su voz, murmurando, aprueban e incitamentos  
<sup>245</sup>añaden. Otros sus partes con asentimientos cumplen.

Es, aun así, la perdición del humano género causa de dolor  
para todos, y cuál habrá de ser de la tierra la forma,  
de los mortales huérfana, preguntan, quién habrá de llevar a sus aras  
incienso, y si a las fieras, para que las pillen, se dispone a entregar las tierras.

<sup>250</sup>A los que tal preguntaban –puesto que él se preocuparía de lo demás–  
el rey de los altísimos turbarse prohíbe, y un brote al anterior  
pueblo desemejante promete, de origen maravilloso.

### **El diluvio**

Y ya iba sobre todas las tierras a esparcir sus rayos;  
pero temió que acaso el sagrado éter por causa de tantos fuegos  
<sup>255</sup>no concibiera llamas, y que el lejano eje ardiera.

Que está también en los hados, recuerda, que llegará un tiempo  
en el que el mar, en el que la tierra y arrebatados los palacios del cielo  
ardan y del mundo la mole, afanosa, sufra.

Esas armas vuelven a su sitio, por manos fabricadas de los Cíclopes:

<sup>260</sup>un castigo place inverso, al género mortal bajo las ondas



perder, y borrascas lanzar desde todo el cielo.

En seguida al Aquilón encierra en las eolias cavernas,  
y a cuantos soplos ahuyentan congregadas a las nubes,  
y suelta al Noto: con sus mojadas alas el Noto vuela,  
<sup>265</sup>su terrible rostro cubierto de una bruma como la pez:  
la barba pesada de borrascas, fluye agua de sus canos cabellos,  
en su frente se asientan nieblas, roran sus alas y senos.  
Y cuando con su mano, a lo ancho suspendidas, las nubes apretó,  
se hace un fragor: entonces densas se derraman desde el éter las borrascas.

<sup>270</sup>La mensajera de Juno, de variados colores vestida,  
concibe, Iris, aguas, y alimentos a las nubes allega:  
póstranse los sembrados, y llorados por los colonos  
sus votos yacen, y perece el trabajo frustrado de un largo año.

Y no al cielo suyo se limitó de Júpiter la ira, sino que a él

<sup>275</sup>su azul hermano le ayuda con auxiliares ondas.

Convoca éste a los caudales. Los cuales, después de que en los techos  
de su tirano entraron: “Una arenga larga ahora de usar”,  
dice, “no he: las fuerzas derramad vuestras.

Así menester es. Abrid vuestras casas y, la mole apartada,

<sup>280</sup>a las corrientes vuestras todas soltad las riendas.”

Había ordenado; ellos regresan, y de sus fontanas las bocas relajan,  
y en desenfrenada carrera ruedan a las superficies.

Él mismo con el tridente suyo la tierra golpeó, mas ella  
tembló y con su movimiento vías franqueó de aguas.

<sup>285</sup>Desorbitadas se lanzan por los abiertos campos las corrientes  
y, con los sembrados, arbustos al propio tiempo y rebaños y hombres  
y techos, y con sus penetrales arrebatan sus sacramentos.

Si alguna casa quedó y pudo resistir a tan gran  
mal no desplomada, la cúpula, aun así, más alta de ella,

<sup>290</sup>la onda la cubre, y hundidas se esconden bajo el abismo sus torres.

Y ya el mar y la tierra ninguna distinción tenían:  
todas las cosas ponto eran, faltaban incluso litorales al ponto.

Ocupa éste un collado, en una barca se sienta otro combada  
y lleva los remos allí donde hace poco arara.

<sup>295</sup>Aquél sobre los sembrados o las cúpulas de una sumergida villa  
navega, éste un pez sorprende en lo alto de un olmo;

se clava en un verde prado, si la suerte lo deja, el ancla,

o, a ellas sometidos, curvas quillas trillan viñedos,

y por donde hace poco, gráciles, grama arrancaban las cabritas,

<sup>300</sup>ahora allí deformes ponen sus cuerpos las focas.

Admiran bajo el agua florestas y ciudades y casas  
las Nereides, y las espesuras las poseen los delfines y entre sus altas  
ramas corren y zarandeando sus troncos las baten.  
Nada el lobo entre las ovejas, bermejos leones lleva la onda,  
<sup>305</sup>la onda lleva tigres, y ni sus fuerzas de rayo al jabalí,  
ni sus patas veloces, arrebatado, sirven al ciervo,  
y buscadas largo tiempo tierras donde posarse pudiera,  
al mar, fatigadas sus alas, el pájaro errante ha caído.  
Había sepultado túmulos la inmensa licencia del ponto,  
<sup>310</sup>y batían las montañas cumbres unos nuevos oleajes.  
La mayor parte por la onda fue arrebatada: a los que la onda perdonó,  
largos ayunos los doman, por causa del indigente sustento.

### **Deucalión y Pirra**

Separa la Fócide los aonios de los eteos campos,  
tierra feraz mientras tierra fue, pero en el tiempo aquel  
<sup>315</sup>parte del mar y ancha llanura de súbitas aguas.  
Un monte allí busca arduo los astros con sus dos vértices,  
por nombre el Parnaso, y superan sus cumbres las nubes.  
Aquí cuando Deucalión –pues lo demás lo había cubierto la superficie–  
con la consorte de su lecho, en una pequeña balsa llevado, se aferró,  
<sup>320</sup>a las corcidas ninfas y a los númenes del monte orán  
y a la fatídica Temis, que entonces esos oráculos tenía:  
no que él mejor ninguno, ni más amante de lo justo,  
hombre hubo, o que ella más temerosa ninguna de los dioses.  
Júpiter, cuando de fluentes lagos que estaba empantanado el orbe,  
<sup>325</sup>y que quedaba un hombre de tantos miles hacía poco, uno,  
y que quedaba, ve, de tantas miles hacía poco, una,  
inocuos ambos, cultivadores de la divinidad ambos,  
las nubes desgarró y, habiéndose las borrascas con el aquilón alejado,  
al cielo las tierras mostró, y el éter a las tierras.  
<sup>330</sup>Tampoco del mar la ira permanece y, dejada su tricúspide arma,  
calma las aguas el regidor del piélago, y al que sobre el profundo  
emerge y sus hombros con su innato múrice cubre,  
al azul Tritón llama, y en su concha sonante  
soplar le ordena, y los oleajes y las corrientes ya  
<sup>335</sup>revocar, su señal dando: su hueca bocina toma él,  
tórtil, que en ancho crece desde su remolino inferior,  
bocina, la cual, en medio del ponto cuando concibió aire,  
los litorales con su voz llena, que bajo uno y otro Febo yacen.

Entonces también, cuando ella la boca del dios, por su húmeda barba rorante,  
<sup>340</sup>tocó, y cantó henchida las ordenadas retretas,

por todas las ondas oída fue de la tierra y de la superficie,  
y por las que olas fue oída, contuvo a todas.

Ya el mar litoral tiene, plenos acoge el álveo a sus caudales,  
las corrientes se asientan y los collados salir parecen.

<sup>345</sup>Surge la tierra, crecen los lugares al decrecer las ondas,  
y, después de día largo, sus desnudadas copas las espesuras  
muestran y limo retienen que en su fronda ha quedado.

Había retornado el orbe; el cual, después de que lo vio vacío,  
y que desoladas las tierras hacían hondos silencios,

<sup>350</sup>Deucalión con lágrimas brotadas así a Pirra se dirige:

“Oh hermana, oh esposa, oh hembra sola sobreviviente,  
a la que a mí una común stirpe y un origen de primos,  
después un lecho unió, ahora nuestros propios peligros unen,  
de las tierras cuantas ven el ocaso y el orto

<sup>355</sup>nosotros dos la multitud somos: posee lo demás el ponto.

Esta tampoco todavía de la vida nuestra es garantía  
cierta bastante; aterran todavía ahora nublados nuestra mente.

¿Cuál si sin mí de los hados arrebatada hubieras sido  
ahora tu ánimo, triste de ti, sería? ¿De qué modo sola

<sup>360</sup>el temor soportar podrías? ¿Con consuelo de quién te dolerías?

Porque yo, créeme, si a ti también el ponto te tuviera,  
te seguiría, esposa, y a mí también el ponto me tendría.

Oh, ojalá pudiera yo los pueblos restituir con las paternas  
artes, y alientos infundir a la conformada tierra.

<sup>365</sup>Ahora el género mortal resta en nosotros dos

—así pareció a los altísimos— y de los hombres como ejemplos quedamos.”

Había dicho, y lloraban; decidieron al celeste numen

suplicar y auxilio por medio buscar de las sagradas venturas.

Ninguna demora hay: acuden a la par a las cefísidias ondas,

<sup>370</sup>como todavía no líquidas, así ya sus vados conocidos cortando.

De allí, cuando licores de él tomados rociaron

sobre sus ropas y cabeza, doblan sus pasos hacia el santuario

de la sagrada diosa, cuyas cúspides de indecente

musgo palidecían, y se alzaban sin fuegos sus aras.

<sup>375</sup>Cuando del templo tocaron los peldaños se postró cada uno

inclinado al suelo, y atemorizado besó la helada roca,

y así: “Si con sus plegarias justas”, dijeron, “los númenes vencidos  
se enternecen, si se doblé la ira de los dioses,

di, Temis, por qué arte la merma del género nuestro

<sup>380</sup>reparable es, y presta ayuda, clementísima, a estos sumergidos estados.”

Conmovida la diosa fue y su ventura dio: “Retiraos del templo  
y velaos la cabeza, y soltaos vuestros ceñidos vestidos,  
y los huesos tras vuestra espalda arrojad de vuestra gran madre.”

Quedaron suspendidos largo tiempo, y rompió los silencios con su voz

<sup>385</sup>Pirra primera, y los mandatos de la diosa obedecer rehúsa,  
y tanto que la perdone con aterrada boca ruega, como se aterra  
de herir, arrojando sus huesos, las maternas sombras.

Entre tanto repasan, por sus ciegas latencias oscuras,  
las palabras de la dada ventura, y para entre sí les dan vueltas.

<sup>390</sup>Tras ello el Prometida a la Epimetida con plácidas palabras  
calma, y: “O falaz”, dice, “es mi astucia para nosotros,  
o –píos son y a ninguna abominación los oráculos persuaden–  
esa gran madre la tierra es: piedras en el cuerpo de la tierra  
a los huesos calculo que se llama; arrojarlas tras nuestra espalda se nos ordena.”

<sup>395</sup>De su esposo por el augurio aunque la Titania se conmovió,  
su esperanza, aun así, en duda está: hasta tal punto ambos desconfían  
de las celestes admoniciones. Pero, ¿qué intentarlo dañará?

Se retiran y velan su cabeza y las túnicas se descíñen,  
y las ordenadas piedras tras sus plantas envían.

<sup>400</sup>Las rocas –¿quién lo creería, si no estuviera por testigo la antigüedad?–  
a dejar su dureza comenzaron, y su rigor  
a mullir, y con el tiempo, mullidas, a tomar forma.

Luego, cuando crecieron y una naturaleza más tierna  
les alcanzó, como sí semejante, del mismo modo manifiesta parecer no puede

<sup>405</sup>la forma de un humano, sino, como de mármol comenzada,  
no terminada lo bastante, a las rudas estatuas muy semejante era.

La parte aun así de ellas que húmeda de algún jugo  
y terrosa era, vuelta fue en uso de cuerpo.

Lo que sólido es y doblarse no puede, se muta en huesos,

<sup>410</sup>la que ahora poco vena fue, bajo el mismo nombre quedó;  
y en breve espacio, por el numen de los altísimos, las rocas  
enviadas por las manos del hombre la faz tomaron de hombres,  
y del femenino lanzamiento restituida fue la mujer.

De ahí que un género duro somos y avezado en sufrimientos

<sup>415</sup>y pruebas damos del origen de que hemos nacido.

A los demás seres la tierra con diversas formas  
por sí misma los parió después de que el viejo humor por el fuego  
se caldeó del sol, y el cieno y los húmedos charcos

se entumecieron por su hervor, y las fecundas simientes de las cosas,  
<sup>420</sup>por el vivaz suelo nutridas, como de una madre en la matriz  
crecieron y faz alguna cobraron con el pasar del tiempo.  
Así, cuando abandonó mojados los campos el séptuple fluir  
del Nilo, y a su antiguo seno hizo volver sus corrientes,  
y merced a la etérea estrella, reciente, ardió hasta secarse el limo,  
<sup>425</sup>muchos seres sus cultivadores al volver los terrones  
encuentran y entre ellos a algunos apenas comenzados, en el propio  
espacio de su nacimiento, algunos inacabados y truncos  
los ven de sus proporciones, y en el mismo cuerpo a menudo  
una parte vive, es la parte otra ruda tierra.  
<sup>430</sup>Porque es que cuando una templanza han tomado el humor y el calor,  
conciben, y de ellos dos se originan todas las cosas  
y, aunque sea el fuego para el agua pugnaz, el vapor húmedo todas  
las cosas crea, y la discorde concordia para las crías apta es.  
Así pues, cuando del diluvio reciente la tierra enlodada  
<sup>435</sup>con los soles etéreos se encandeció y con su alto hervor,  
dio a luz innumerables especies y en parte sus figuras  
les devolvió antiguas, en parte nuevos prodigios creó.

### **La sierpe Pitón**

Ella ciertamente no lo querría, pero a ti también, máximo Pitón,  
entonces te engendró, y de los pueblos nuevos, desconocida sierpe,  
<sup>440</sup>el terror eras: tan grande espacio de un monte ocupabas.  
A él el dios señor del arco, y que nunca tales armas  
antes sino en los gamos y corzas fugaces había usado,  
hundido por mil disparos, exhausta casi su aljaba,  
lo perdió, derramándose por sus heridas negras su veneno.  
<sup>445</sup>Y para que de esa obra la fama no pudiera destruir la antigüedad,  
instituyó, sagrados, de reiterado certamen, unos juegos,  
Pitios con el nombre de la domada serpiente llamados.  
Ése de los jóvenes quien con su mano, sus pies o a rueda  
venciera, de fronda de encina cobraba un galardón.  
<sup>450</sup>Todavía laurel no había y, hermosas con su largo pelo,  
sus sienes ceñía de cualquier árbol Febo.

### **Apolo y Dafne**

El primer amor de Febo: Dafne la Peneia, el cual no  
el azar ignorante se lo dio, sino la salvaje ira de Cupido.  
El Delio a él hacía poco, por su vencida sierpe soberbio,

<sup>455</sup>le había visto doblando los cuernos al tensarle el nervio,  
y: “¿Qué tienes tú que ver, travieso niño, con las fuertes armas?”,  
había dicho; “ellas son cargamentos decorosos para los hombros nuestros,  
que darlas certeras a una fiera, dar heridas podemos al enemigo,  
que, al que ahora poco con su calamitoso vientre tantas yugadas hundía,  
<sup>460</sup>hemos derribado, de innumerables saetas henchido, a Pitón.  
Tú con tu antorcha no sé qué amores conténtate  
con irritar, y las alabanzas no reclames nuestras.”  
El hijo a él de Venus: “Atraviése el tuyo todo, Febo,  
a ti mi arco”, dice, “y en cuanto los seres ceden  
<sup>465</sup>todos al dios, en tanto menor es tu gloria a la nuestra.”  
Dijo, y rasgando el aire a golpes de sus alas,  
diligente, en el sombreado recinto del Parnaso se posó,  
y de su saetífera aljaba aprestó dos dardos  
de opuestas obras: ahuyenta éste, causa aquél el amor.  
<sup>470</sup>El que lo causa de oro es y en su cúspide fulge aguda.  
El que lo ahuyenta obtuso es y tiene bajo la caña plomo.  
Éste el dios en la ninfa Peneide clavó, mas con aquél  
hirió de Apolo, pasados a través sus huesos, las médulas.  
En seguida el uno ama, huye la otra del nombre de un amante,  
<sup>475</sup>de las guaridas de las espesuras, y de los despojos de las cautivas  
fieras gozando, y émula de la innupta Febe.  
Con una cinta sujetaba, sueltos sin ley, sus cabellos.  
Muchos la pretendieron; ella, evitando a los pretendientes,  
sin soportar ni conocer varón, bosques inaccesibles lustra  
<sup>480</sup>y de qué sea el Himeneo, qué el amor, qué el matrimonio, no cura.  
A menudo su padre le dijo: “Un yerno, hija, me debes.”  
A menudo su padre le dijo: “Me debes, niña, unos nietos.”  
Ella, que como un crimen odiaba las antorchas conyugales,  
su bello rostro teñía de un verecundo rubor  
<sup>485</sup>y de su padre en el cuello prendiéndose con tiernos brazos:  
“Concédeme, genitor queridísimo” le dijo, “de una perpetua  
virginidad disfrutar: lo concedió su padre antes a Diana.”  
Él, ciertamente, obedece; pero a ti el decor este, lo que deseas  
que sea, prohíbe, y con tu voto tu hermosura pugna.  
<sup>490</sup>Febo ama, y al verla desea las nupcias de Dafne,  
y lo que desea espera, y sus propios oráculos a él le engañan;  
y como las leves pajas sahúman, despojadas de sus aristas,  
como con las antorchas los cercados arden, las que acaso un caminante  
o demasiado les acercó o ya a la luz abandonó,

<sup>495</sup> así el dios en llamas se vuelve, así en su pecho todo  
 él se abrasa y estéril, en esperando, nutre un amor.  
 Contempla no ornados de su cuello pender los cabellos  
 y “¿Qué si se los arreglara?”, dice. Ve de fuego rielantes,  
 a estrellas parecidos sus ojos, ve sus labios, que no  
<sup>500</sup> es con haber visto bastante. Alaba sus dedos y manos  
 y brazos, y desnudos en más de media parte sus hombros:  
 lo que oculto está, mejor lo supone. Huye más veloz que el aura  
 ella, leve, y no a estas palabras del que la revoca se detiene:  
 “¡Ninfa, te lo ruego, del Peneo, espera! No te sigue un enemigo;  
<sup>505</sup> ¡ninfa, espera! Así la cordera del lobo, así la cierva del león,  
 así del águila con ala temblorosa huyen las palomas,  
 de los enemigos cada uno suyos; el amor es para mí la causa de seguirte.  
 Triste de mí, no de bruces te caigas o indignas de ser heridas  
 tus piernas señalen las zarzas, y sea yo para ti causa de dolor.  
<sup>510</sup> Ásperos, por los que te apresuras, los lugares son: más despacio te lo ruego  
 corre y tu fuga modera, que más despacio te persiga yo.  
 A quién complaces pregunta, aun así; no un paisano del monte,  
 no yo soy un pastor, no aquí ganados y rebaños,  
 hórrido, vigilo. No sabes, temeraria, no sabes  
<sup>515</sup> de quién huyes y por eso huyes. A mí la délfica tierra,  
 y Claros, y Ténedos, y los palacios de Pátara me sirven;  
 Júpiter es mi padre. Por mí lo que será, y ha sido,  
 y es se manifiesta; por mí concuerdan las canciones con los nervios.  
 Certera, realmente, la nuestra es; que la nuestra, con todo, una saeta  
<sup>520</sup> más certera hay, la que en mi vacío pecho estas heridas hizo.  
 Hallazgo la medicina mío es, y auxiliador por el orbe  
 se me llama, y el poder de las hierbas sometido está a nos:  
 ay de mí, que por ningunas hierbas el amor es sanable,  
 y no sirven a su dueño las artes que sirven a todos.”  
<sup>525</sup> Del que más iba a hablar con tímida carrera la Peneia  
 huye, y con él mismo sus palabras inconclusas deja atrás,  
 entonces también pareciendo hermosa; desnudaban su cuerpo los vientos,  
 y las brisas a su encuentro hacían vibrar sus ropas, contrarias a ellas,  
 y leve el aura atrás daba, empujándolos, sus cabellos,  
<sup>530</sup> y acrecióse su hermosura con la huida. Pero entonces no soporta más  
 perder sus ternuras el joven dios y, como aconsejaba  
 el propio amor, a tendido paso sigue sus plantas.  
 Como el perro en un vacío campo cuando una liebre, el galgo,  
 ve, y éste su presa con los pies busca, aquélla su salvación:

<sup>535</sup>el uno, como que está al cogerla, ya, ya tenerla  
espera, y con su extendido morro roza sus plantas;  
la otra en la ignorancia está de si ha sido apresada, y de los propios  
mordiscos se arranca y la boca que le toca atrás deja:  
así el dios y la virgen; es él por la esperanza raudo, ella por el temor.  
<sup>540</sup>Aun así el que persigue, por las alas ayudado del amor,  
más veloz es, y el descanso niega, y la espalda de la fugitiva  
acecha, y sobre su pelo, esparcido por su cuello, alienta.  
Sus fuerzas ya consumidas palideció ella y, vencida  
por la fatiga de la rápida huida, contemplando las peneidas ondas:  
<sup>545</sup>“Préstame, padre”, dice, “ayuda; si las corrientes numen tenéis,  
por la que demasiado he complacido, mutándola pierde mi figura.”  
Apenas la plegaria acabó un entumecimiento pesado ocupa su organismo,  
se ciñe de una tenue corteza su blando tórax,  
<sup>550</sup>en fronda sus pelos, en ramas sus brazos crecen,  
el pie, hace poco tan veloz, con morosas raíces se prende,  
su cara copa posee: permanece su nitor solo en ella.  
A ésta también Febo la ama, y puesta en su madero su diestra  
siente todavía trepidar bajo la nueva corteza su pecho,  
<sup>555</sup>y estrechando con sus brazos esas ramas, como a miembros,  
besos da al leño; rehúye, aun así, sus besos el leño.  
Al cual el dios: “Mas puesto que esposa mía no puedes ser,  
el árbol serás, ciertamente”, dijo, “mío. Siempre te tendrán  
a ti mi pelo, a ti mis cítaras, a ti, laurel, nuestras aljabas.  
<sup>560</sup>Tú a los generales lacios asistirás cuando su alegre voz  
el triunfo cante, y divisen los Capitolios las largas pompas.  
En las jambas augustas tú misma, fidelísima guardiana,  
ante sus puertas te apostarás, y la encina central guardarás,  
y como mi cabeza es juvenil por sus intonsos cabellos,  
<sup>565</sup>tú también perpetuos siempre lleva de la fronda los honores.”  
Había acabado Peán: con sus recién hechas ramas la láurea  
asiente y, como una cabeza, pareció agitar su copa.

### **Júpiter e Ío (I)**

Hay un bosque en la Hemonia al que por todos lados cierra, acantilada,  
una espesura: le llaman Tempe. Por ellos el Peneo, desde el profundo  
<sup>570</sup>Pindo derramándose, merced a sus espumosas ondas, rueda,  
y en su caer pesado nubes que agitan tenues  
humos congrega, y sobre sus supremas espesuras con su aspersion  
llueve, y con su sonar más que a la vecindad fatiga.



Ésta la casa, ésta la sede, éstos son los penetrales del gran  
<sup>575</sup>caudal; en ellos aposentado, en su caverna hecha de escollos,  
a sus ondas leyes daba, y a las ninfas que honran sus ondas.  
Se reúnen allá las paisanas corrientes primero,  
ignorando si deben felicitar o consolar al padre:  
rico en álamos el Esperquío y el irrequieto Enipeo  
<sup>580</sup>y el Apídano viejo y el Iene Anfriso y el Eante,  
y pronto los caudales otros que, por donde los llevara su ímpetu a ellos,  
hacia el mar abajan, cansadas de su errar, sus ondas.

El Ínaco solo falta y, en su profunda caverna recóndito,  
con sus llantos aumenta sus aguas y a su hija, tristísimo, a Ío,  
<sup>585</sup>plañe como perdida; no sabe si de vida goza  
o si está entre los manes, pero a la que no encuentra en ningún sitio  
estar cree en ningún sitio y en su ánimo lo peor teme.

La había visto, de la paterna corriente regresando, Júpiter  
a ella y: “Oh virgen de Júpiter digna y que feliz con tu  
<sup>590</sup>lecho ignoro a quién has de hacer, busca”, le había dicho, “las sombras  
de esos altos bosques”, y de los bosques le había mostrado las sombras,  
“mientras hace calor y en medio el sol está, altísimo, de su orbe,  
que si sola temes en las guaridas entrar de las fieras,  
segura con la protección de un dios, de los bosques el secreto alcanzarás,  
<sup>595</sup>y no de la plebe un dios, sino el que los celestes cetros  
en mi magna mano sostengo, pero el que los errantes rayos lanzo:  
no me huye”, pues huía. Ya los pastos de Lerna,  
y, sembrados de árboles, de Lirceo había dejado atrás los campos,  
cuando el dios, produciendo una calina, las anchas tierras  
<sup>600</sup>ocultó, y detuvo su fuga, y le arrebató su pudor.

Entre tanto Juno abajo miró en medio de los campos  
y de que la faz de la noche hubieran causado unas nieblas voladoras  
en el esplendor del día admirada, no que de una corriente ellas  
fueran, ni sintió que de la humedecida tierra fueran despedidas,  
<sup>605</sup>y su esposo dónde esté busca en derredor, como la que  
ya conociera, sorprendido tantas veces, los hurtos de su marido.  
Al cual, después de que en el cielo no halló: “O yo me engaño  
o se me ofende”, dice, y deslizándose del éter supremo  
se posó en las tierras y a las nieblas retirarse ordenó.

<sup>610</sup>De su esposa la llegada había presentido, y en una lustrosa  
novilla la apariencia de la Ináquida había mutado él  
—de res también hermosa es—: la belleza la Saturnia de la vaca  
aunque contrariada aprueba, y de quién, y de dónde, o de qué manada

era, de la verdad como desconocedora, no deja de preguntar.

<sup>615</sup>Júpiter de la tierra engendrada la mente, para que su autor

deje de averiguar: la pide a ella la Saturnia de regalo.

¿Qué iba a hacer? Cruel cosa adjudicarle sus amores,

no dárselos sospechoso es: el pudor es quien persuade de aquello,

de esto disuade el amor. Vencido el pudor habría sido por el amor,

<sup>620</sup>pero si el leve regalo, a su compañera de linaje y de lecho,

de una vaca le negara, pudiera no una vaca parecer.

Su rival ya regalada no en seguida se despojó la divina

de todo miedo, y temió de Júpiter, y estuvo ansiosa de su hurto

hasta que al Arestórida para ser custodiada la entregó, a Argos.

### **Argos**

<sup>625</sup>De cien luces ceñida su cabeza Argos tenía,

de donde por sus turnos tomaban, de dos en dos, descanso,

los demás vigilaban y en posta se mantenían.

Como quiera que se apostara miraba hacia Ío:

ante sus ojos a Ío, aun vuelto de espaldas, tenía.

<sup>630</sup>A la luz la deja pacer; cuando el sol bajo la tierra alta está,

la encierra, y circunda de cadenas, indigno, su cuello.

De frondas de árbol y de amarga hierba se apacienta,

y, en vez de en un lecho, en una tierra que no siempre grama tiene

se recuesta la infeliz y limosas corrientes bebe.

<sup>635</sup>Ella, incluso, suplicante a Argos cuando sus brazos quisiera

tender, no tuvo qué brazos tendiera a Argos,

e intentando quejarse, mugidos salían de su boca,

y se llenó de temor de esos sonidos y de su propia voz aterróse.

Llegó también a las riberas donde jugar a menudo solía,

<sup>640</sup>del Ínaco a las riberas, y cuando contempló en su onda

sus nuevos cuernos, se llenó de temor y de sí misma enloquecida huyó.

Las náyades ignoran, ignora también Ínaco mismo

quién es; mas ella a su padre sigue y sigue a sus hermanas

y se deja tocar y a sus admiraciones se ofrece.

<sup>645</sup>Por él arrancadas el más anciano le había acercado, Ínaco, hierbas:

ella sus manos lame y da besos de su padre a las palmas

y no retiene las lágrimas y, si sólo las palabras le obedecieran,

le rogara auxilio y el nombre suyo y sus casos le dijera.

Su letra, en vez de palabras, que su pie en el polvo trazó,

<sup>650</sup>de indicio amargo de su cuerpo mutado actuó.

“Triste de mí”, exclama el padre Ínaco, y en los cuernos

de la que gemía, y colgándose en la cerviz de la nivea novilla:

“Triste de mí”, reitera; “¿Tú eres, buscada por todas

las tierras, mi hija? Tú no encontrada que hallada

<sup>655</sup>un luto eras más leve. Callas y mutuas a las nuestras

palabras no respondes, sólo suspiros sacas de tu alto

pecho y, lo que solo puedes, a mis palabras remuges.

Mas a ti yo, sin saber, tálamos y teas te preparaba

y esperanza tuve de un yerno la primera, la segunda de nietos.

<sup>660</sup>De la grey ahora tú un marido, y de la grey hijo has de tener.

Y concluir no puedo yo con mi muerte tan grandes dolores,

sino que mal me hace ser dios, y cerrada la puerta de la muerte

nuestros lutos extiende a una eterna edad.”

Mientras de tal se afligía, lo aparta el constelado Argos

<sup>665</sup>y, arrancada a su padre, a lejanos pastos a su hija

arrastra; él mismo, lejos, de un monte la sublime cima

ocupa, desde donde sentado otea hacia todas partes.

Tampoco de los altísimos el regidor los males tan grandes de la Forónide

más tiempo soportar puede y a su hijo llama, al que la lúcida Pléyade

<sup>670</sup>de su vientre había parido, y que a la muerte dé, le impera, a Argos.

Pequeña la demora es la de las alas para sus pies, y la vara somnífera

para su potente mano tomar, y el cobertor para sus cabellos.

Ello cuando dispuso, de Júpiter el nacido desde el paterno recinto

salta a las tierras. Allí, tanto su cobertor se quitó

<sup>675</sup>como depuso sus alas, de modo que sólo la vara retuvo:

con ella lleva, como un pastor, por desviados campos unas cabritas

que mientras venía había reunido, y con unas ensambladas avenas canta.

Por esa voz nueva, y cautivado el guardián de Juno por su arte:

“Mas tú, quien quiera que eres, podrías conmigo sentarte en esta roca”,

<sup>680</sup>Argos dice, “pues tampoco para el rebaño más fecunda en ningún

lugar hierba hay, y apta ves para los pastores esta sombra.”

Se sienta el Atlantíada, y al que se marchaba, de muchas cosas hablando

detuvo con su discurso, al día, y cantando con sus unidas

cañas vencer sus vigilantes luces intenta.

<sup>685</sup>Él, aun así, pugna por vencer sobre los blandos sueños

y aunque el sopor en parte de sus ojos se ha alojado,

en parte, aun así, vigila; pregunta también, pues descubierta

la flauta hacía poco había sido, en razón de qué fue descubierta.

### **Pan y Siringe**

Entonces el dios: “De la Arcadia en los helados montes”, dice,

<sup>690</sup>“entre las hamadriadas muy célebre, las Nonacrinas,  
náyade una hubo; las ninfas Siringe la llamaban.  
No una vez, no ya a los sátiros había burlado ella, que la seguían,  
sino a cuantos dioses la sombreada espesura y el feraz  
campo hospeda; a la Ortigia en sus aficiones y con su propia virginidad  
<sup>695</sup>honraba, a la diosa; según el rito también ceñida de Diana,  
engañaría y podría creérsela la Latonia, si no  
de cuerno el arco de ésta, si no fuera áureo el de aquélla;  
así también engañaba. Volviendo ella del collado Liceo,  
Pan la ve, y de pino agudo ceñido en su cabeza  
<sup>700</sup>tales palabras refiere....” Restaba sus palabras referir,  
y que despreciadas sus súplicas había huido por lo intransitable la ninfa,  
hasta que del arenoso Ladón al plácido caudal  
llegó: que aquí ella, su carrera al impedirle sus ondas,  
que la mutaran a sus líquidas hermanas les había rogado,  
<sup>705</sup>y que Pan, cuando presa de él ya a Siringa creía,  
en vez del cuerpo de la ninfa, cálamos sostenía lacustres,  
y, mientras allí suspira, que movidos dentro de la caña los vientos  
efectuaron un sonido tenue y semejante al de quien se lamenta;  
que por esa nueva arte y de su voz por la dulzura el dios cautivado:  
<sup>710</sup>“Este coloquio a mí contigo”, había dicho, “me quedará”,  
y que así, los desaparejos cálamos con la trabazón de la cera  
entre sí unidos, el nombre retuvieron de la muchacha.

### **Júpiter e Ío (II)**

Tales cosas cuando iba a decir ve el Cilenio que todos  
los ojos se habían postrado, y cubiertas sus luces por el sueño.  
<sup>715</sup>Apaga al instante su voz y afirma su sopor,  
sus lánguidas luces acariciando con la unguentada vara.  
Y, sin demora, con su falcada espada mientras cabeceaba le hiere  
por donde al cuello es confín la cabeza, y de su roca, cruento,  
abajo lo lanza, y mancha con su sangre la acantilada peña.  
<sup>720</sup>Argos, yaces, y la que para tantas luces luz tenías  
extinguido se ha, y cien ojos una noche ocupa sola.  
Los recoge, y del ave suya la Saturnia en sus plumas  
los coloca, y de gemas consteladas su cola llena.  
En seguida se inflamó y los tiempos de su ira no difirió  
<sup>725</sup>y, horrenda, ante los ojos y el ánimo de su rival argólica  
le echó a la Erinis, y agujadas en su pecho ciegas  
escondió, y prófuga por todo el orbe la aterró.

Último restabas, Nilo, a su inmensa labor;  
a él, en cuanto lo alcanzó y, puestas en el margen de su ribera  
<sup>730</sup>sus rodillas, se postró, y alzada ella de levantar el cuello,  
elevando a las estrellas los semblantes que sólo pudo,  
con su gemido, y lágrimas, y luctuoso mugido  
con Júpiter pareció quejarse, y el final rogar de sus males.  
De su esposa él estrechando el cuello con sus brazos,  
<sup>735</sup>que concluya sus castigos de una vez le ruega y: “Para el futuro  
deja tus miedos”, dice; “nunca para ti causa de dolor  
ella será”, y a las estigias lagunas ordena que esto oigan.  
Cuando aplacado la diosa se hubo, sus rasgos cobra ella anteriores  
y se hace lo que antes fue: huyen del cuerpo las cerdas,  
<sup>740</sup>los cuernos decrecen, se hace de su luz más estrecho el orbe,  
se contrae su comisura, vuelven sus hombros y manos,  
y su pezuña, disipada, se subsume en cinco uñas:  
de la res nada queda a su figura, salvo el bláncor en ella,  
y al servicio de sus dos pies la ninfa limitándose  
<sup>745</sup>se yergue, y teme hablar, no a la manera de la novilla  
muja, y tímidamente las palabras interrumpidas reintenta.

Ahora como diosa la honra, celebradísima, la multitud vestida de lino.  
Ahora que Épafo generado fue de la simiente del gran Júpiter por fin  
se cree, y por las ciudades, juntos a los de su madre,  
<sup>750</sup>templos posee.

### **Faetón (I)**

Tuvo éste en ánimos un igual, y en años,  
del Sol engendrado, Faetón; al cual, un día, que grandes cosas decía  
y que ante él no cedía, de que fuera Febo su padre soberbio,  
no lo soportó el Ináquida y “A tu madre”, dice, “todo como demente  
crees y estás henchido de la imagen de un genitor falso.”  
<sup>755</sup>Enrojació Faetón y su ira por el pudor reprimió,  
y llevó a su madre Clímene los insultos de Épafo,  
y “Para que más te duelas, mi genetriz”, dice, “yo, ese libre,  
ese fiero me callé. Me avergüenza que estos oprobios a nos  
sí decirse han podido, y no se han podido desmentir.  
<sup>760</sup>Mas tú, si es que he sido de celeste estirpe creado,  
dame una señal de tan gran linaje y reclámame al cielo.”

Dijo y enredó sus brazos en el materno cuello,  
y por la suya y la cabeza de Mérope y las teas de sus hermanas,  
que le trasmítiera a él, le rogó, signos de su verdadero padre.

<sup>765</sup>Ambiguo si Clímene por las súplicas de Faetón o por la ira movida más del crimen dicho contra ella, ambos brazos al cielo extendió y mirando hacia las luces del Sol:

“Por el resplandor este”, dice, “de sus rayos coruscos insigne, hijo, a ti te juro, que nos oye y que nos ve,

<sup>770</sup>que de éste tú, al que tú miras, de éste tú, que temple el orbe, del Sol, has sido engendrado. Si mentiras digo, niéguese él a ser visto de mí y sea para los ojos nuestros la luz esta la postrera.

Y no larga labor es para ti conocer los patrios penates.

De donde él se levanta la casa es confín a la tierra nuestra:

<sup>775</sup>si es que te lleva tu ánimo, camina y averígualo de él mismo.”

Brinca al instante, contento después de tales palabras de la madre suya, Faetón, y concibe éter en su mente, y por los etíopes suyos y, puestos bajo los fuegos estelares, por los indos atraviesa, y de su padre acude diligente a los ortos.

## Libro segundo

### Faetón (II)

El real del Sol era, por sus sublimes columnas, alto,  
claro por su rielante oro y, que a las llamas imita, por su piropo,  
cuyo marfil nítido las cúspides supremas cubría;  
de plata sus bivalvas puertas radiaban de su luz.

<sup>5</sup>A la materia superaba su obra; pues Múciber allí  
las superficies había cincelado, que ciñen sus intermedias tierras,  
y de esas tierras el orbe, y el cielo, que domina el orbe.

Azules tiene la onda sus dioses: a Tritón el canoro,  
a Proteo el ambiguo, y de las ballenas apretando,

<sup>10</sup>a Egeón, las inabarcables espaldas con sus brazos,  
a Doris y a sus nacidas, de las cuales, parte nadar parece,  
parte, en una mole sentada, sus verdes cabellos secar;  
de un pez remolcarse algunas; su faz no es de todas una misma,  
no distante, aun así, cual decoroso es entre hermanas.

<sup>15</sup>La tierra hombres y ciudades lleva, y espesuras y fieras  
y corrientes y ninfas y los restantes númenes del campo.  
De ello encima, impuesta fue del fulgente cielo la imagen,  
y signos seis en las puertas diestras y otros tantos en las siniestras.

Adonde, en cuanto por su ascendente senda de Clímene la prole  
<sup>20</sup>llegó y entró de su dudado padre en los techos,  
en seguida hacia los patrios rostros lleva sus plantas,  
y se apostó lejos, pues no más cercanas soportaba  
sus luces: de una purpúrea vestidura velado, sentábase  
en el solio Febo, luciente de sus claras esmeraldas.

<sup>25</sup>A diestra e izquierda el Día y el Mes y el Año,  
y los Siglos, y puestas en espacios iguales las Horas,  
y la Primavera nueva estaba, ceñida de floreciente corona,  
estaba desnudo el Verano y coronas de espigas llevaba;  
estaba también el Otoño, de las pisadas uvas sucio,

<sup>30</sup>y glacial el Invierno, arrecidos sus canos cabellos.

Desde ahí, central según su lugar, por la novedad de las cosas atemorizado  
al joven el Sol con sus ojos, con los que divisa todo, ve,  
y “¿Cuál de tu ruta es la causa? ¿A qué en este recinto”, dice, “acudías,  
progenie, Faetón, que tu padre no ha de negar?”

<sup>35</sup>Él responde: “Oh luz pública del inmenso mundo,  
Febo padre, si me das el uso del nombre este

y Clímene una culpa bajo esa falsa imagen no esconde:  
prendas dame, genitor, por las que verdadera rama tuya  
se me crea y el error arranca del corazón nuestro.”

<sup>40</sup>Había dicho, mas su genitor, alrededor de su cabeza toda rielantes  
se quitó los rayos, y más cerca avanzar le ordenó  
y un abrazo dándole: “Tú de que se niegue que eres mío  
digno no eres, y Clímene tus verdaderos” dice “orígenes te ha revelado,  
y para que menos lo dudes, cualquier regalo pide, que,  
<sup>45</sup>pues te lo otorgaré, lo tendrás. De mis promesas testigo sea,  
por la que los dioses han de jurar, la laguna desconocida para los ojos nuestros.”  
No bien había cesado, los carros le ruega él paternos,  
y, para un día, el mando y gobierno de los alípedes caballos.

Le pesó el haberlo jurado al padre, el cual, tres y cuatro veces  
<sup>50</sup>sacudiendo su ilustre cabeza: “Temeraria”, dijo,  
“la voz mía por la tuya se ha hecho. Ojalá mis promesas pudiera  
no conceder. Confieso que sólo esto a ti, mi nacido, te negaría;  
pero disuadirte me es dado: no es tu voluntad segura.  
Grandes pides, Faetón, regalos, y que ni a las fuerzas  
<sup>55</sup>esas convienen ni a tan pueriles años.

La suerte tuya mortal: no es mortal lo que deseas.  
A más incluso de lo que los altísimos alcanzar pueden,  
ignorante, aspiras; aunque pueda a sí mismo cada uno complacerse,  
ninguno, aun así, es capaz de asentarse en el eje  
<sup>60</sup>portador del fuego, yo exceptuado. También el regidor del vasto Olimpo,  
que fieros rayos lanza con su terrible diestra,  
no llevará estos carros, y qué que Júpiter mayor tenemos.

Ardua la primera vía es y con la que apenas de mañana, frescos,  
pugnan los caballos; en medio está la más alta del cielo,  
<sup>65</sup>desde donde el mar y las tierras a mí mismo muchas veces ver  
me dé temor, y de pálido espanto tiemble mi pecho;  
la última, inclinada vía es, y precisa de manejo cierto:  
entonces, incluso la que me recibe en sus sometidas olas,  
que yo no caiga de cabeza, Tetis misma, suele temer.

<sup>70</sup>Añade que de una continua rotación se arrebatara el cielo  
y sus estrellas altas arrastra y en una rápida órbita las vira.  
Pugno yo en contra, y no el ímpetu que a lo demás a mí me  
vence, y contrario circulo a ese rápido orbe.  
Figúrate que se te han dado los carros. ¿Qué harás? ¿Podrías  
<sup>75</sup>en contra ir de los rotantes polos para que no te arrebatara el veloz eje?  
Acaso, también, las florestas allí y las ciudades de los dioses



concibas en tu ánimo que están, y sus santuarios ricos  
en dones. A través de insidias el camino es, y de formas de fieras,  
y aunque tu ruta mantengas y ningún error te arrastre,  
<sup>80</sup>a través, aun así, de los cuernos pasarás del adverso Toro,  
y de los hemonios arcos, y la boca del violento León,  
y del que sus salvajes brazos curva en un circuito largo,  
el Escorpión, y del que de otro modo curva sus brazos, el Cangrejo.  
Tampoco mis cuadrípedes, ardidos por los fuegos esos  
<sup>85</sup>que en su pecho tienen, que por su boca y narinas exhalan,  
a tu alcance gobernar está: apenas a mí me sufren cuando sus agrios  
ánimos se enardecen, y su cerviz rechaza las riendas.

Mas tú, de que no sea yo para ti el autor de este funesto regalo,  
mi nacido, cuida y, mientras la cosa lo permite, tus votos corrige.  
<sup>90</sup>Claro es que para que de nuestra sangre tú engendrado te creas  
unas prendas ciertas pides: te doy unas prendas ciertas temiendo,  
y con el paterno miedo que tu padre soy pruebo. Mira los rostros  
aquí míos, y ojalá tus ojos en mi pecho pudieras  
insertar y dentro desprender los paternos cuidados.

<sup>95</sup>Y, por último, cuanto tiene el rico cosmos mira en derredor,  
y de tantos y tan grandes bienes del cielo y la tierra  
y el mar demanda algo: ninguna negativa sufrirás.  
Te disuado de esto solo, que por verdadero nombre un castigo,  
no un honor es: un castigo, Faetón, en vez de un regalo demandas.  
<sup>100</sup>¿Por qué mi cuello sostienes, ignorante, con tus blandos brazos?  
No lo dudes, se te concederá –las estigias ondas hemos jurado–  
aquello que pidas. Pero tú con más sabiduría pide.

Había acabado sus advertencias. Sus palabras, aun así, él rechaza  
y su propósito apremia y flagra en el deseo del carro.

<sup>105</sup>Así pues, lo que podía, su genitor, irresoluto, a los altos  
conduce al joven, de Vulcano regalos, carros.  
Áureo el eje era, el timón áureo, áurea la curvatura  
de la extrema rueda, de los radios argénteo el orden.  
Por los yugos unos crisólitos y, puestas en orden, unas gemas,  
<sup>110</sup>claras devolvían sus luces, reverberante, a Febo.

Y mientras de ello, henchido, Faetón se admira y su obra  
escruta, he aquí que vigilante abrió desde el nítido orto  
la Aurora sus purpúreas puertas, y plenos de rosas  
sus atrios. Se dispersan las estrellas, cuyas columnas conduce  
<sup>115</sup>el Lucero, y de su posta del cielo el postrero sale:  
al cual cuando buscar las tierras, y que el cosmos enrojecía, vio,

y los cuernos como desvanecerse de la extrema luna,  
uncir los caballos el Titán impera a las veloces Horas.  
Sus órdenes las diosas rápidas cumplen y, fuego vomitando  
<sup>120</sup>y de jugo de ambrosia saciados, de sus pesebres altos  
a los cuadrípedes sacan, y les añaden sus sonantes frenos.  
Entonces el padre la cara de su nacido con una sagrada droga  
tocó y la hizo paciente de la arrebatadora llama  
e impuso a su pelo los rayos, y, présagos del luto,  
<sup>125</sup>de su pecho angustiado reiterando suspiros, dijo:

“Si puedes a estas advertencias al menos obedecer de tu padre,  
sé parco, chico, con las agujadas, y más fuerte usa las bridas.  
Por sí mismos se apresuran: la labor es inhibirles tal deseo.  
Y no a ti te plazca la ruta, derechos, a través de los cinco arcos.  
<sup>130</sup>Cortada en oblicuo hay, de ancha curvatura, una senda,  
y, con la frontera de tres zonas contentándose, del polo  
rehúye austral y, vecina a los aquilones, de la Osa.  
Por aquí sea tu camino: manifiestas de mi rueda las huellas divisarás;  
y para que soporten los justos el cielo y la tierra calores,  
<sup>135</sup>ni hundas ni yergas por los extremos del éter el carro.  
Más alto pasando los celestes techos quemarás,  
más bajo, las tierras: por el medio segurísimo irás.  
Tampoco a ti la más diestra te decline hacia la torcida Serpiente,  
ni tu más siniestra rueda te lleve, hundido, al Ara.  
<sup>140</sup>Entre ambos manténte. A la Fortuna lo demás encomiendo,  
la cual te ayude, y que mejor que tú por ti vele, deseo.  
Mientras hablo, puestas en el vespertino litoral, sus metas  
la húmeda noche ha tocado; no es la demora libre para nos.  
Se nos reclama, y fulge, las tinieblas ahuyentadas, la Aurora.  
<sup>145</sup>Coge en la mano las riendas, o, si un mutable pecho  
es el tuyo, los consejos, no los carros usa nuestros.  
Mientras puedes y en unas sólidas sedes todavía estás,  
y mientras, mal deseados, todavía no pisas, ignorándolos, mis ejes,  
las que tú seguro contemples, déjame dar, las luces a las tierras.”

<sup>150</sup>Ocupa él con su juvenil cuerpo el leve carro  
y se aposta encima, y de que a sus manos las leves riendas hayan tocado  
se goza, y las gracias da de ello a su contrariado padre.  
Entre tanto, voladores, Pirois, y Eoo y Eton,  
del Sol los caballos, y el cuarto, Flegonte, con sus relinchos llameantes  
<sup>155</sup>las auras llenan y con sus pies las barreras baten.  
Las cuales, después de que Tetis, de los hados ignorante de su nieto,

retiró, y hecha les fue provisión del inmenso cielo,  
cogen la ruta y sus pies por el aire moviendo  
a ellos opuestas hienden las nubes, y con sus plumas levitando  
<sup>160</sup>atrás dejan, nacidos de esas mismas partes, a los Euros.  
Pero leve el peso era y no el que conocer pudieran  
del Sol los caballos, y de su acostumbrado peso el yugo carecía,  
y como se escoran, curvas, sin su justo peso las naves,  
y por el mar, inestables por su excesiva ligereza, vanse,  
<sup>165</sup>así, de su carga acostumbrada vacío, da en el aire saltos  
y es sacudido hondamente, y semejante es el carro a uno inane.

Lo cual en cuanto sintieron, se lanzan, y el trillado espacio  
abandonan los cuadríjugos, y no en el que antes orden corren.  
Él se asusta, y no por dónde dobla las riendas a él encomendadas,  
<sup>170</sup>ni sabe por dónde sea el camino, ni si lo supiera se lo imperaría a ellos.

Entonces por primera vez con rayos se calentaron los helados Triones  
y, vedada, en vano intentaron en la superficie bañarse,  
y la que puesta está al polo glacial próxima, la Serpiente,  
del frío yerta antes y no espantable para nadie,  
<sup>175</sup>se calentó y tomó nuevas con esos hervores unas iras.

Tú también que turbado huiste cuentan, Boyero,  
aunque tardo eras y tus carretas a ti te retenían.

Pero cuando desde el supremo éter contempló las tierras  
el infeliz Faetón, que a lo hondo, y a lo hondo, yacían,  
<sup>180</sup>palideció y sus rodillas se estremecieron del súbito temor,  
y le fueron a sus ojos tinieblas en medio de tanta luz brotadas,  
y ya quisiera los caballos nunca haber tocado paternos,  
ya de haber conocido su linaje le pesa, y de haber prevalecido en su ruego.

Ya, de Mérope decirse deseando, igual es arrastrado que un pino  
<sup>185</sup>llevado por el vertiginoso bóreas, al que vencidos sus frenos  
ha soltado su propio regidor, y al que a los dioses y a los rezos ha abandonado.  
¿Qué haría? Mucho cielo a sus espaldas ha dejado;  
ante sus ojos más hay. Con el ánimo mide los dos;  
y, ya, los que su hado alcanzar no es,

<sup>190</sup>delante mira los ocasos; a las veces detrás mira los ortos,  
y, de qué hacer ignorante, suspendido está, y ni los frenos suelta  
ni de retenerlos es capaz, ni los nombres conoce de los caballos.  
Esparcidas también en el variado cielo por todos lados maravillas,  
y ve, tembloroso, los simulacros de las vastas fieras.

<sup>195</sup>Hay un lugar, donde en gemelos arcos sus brazos concava  
el Escorpión, y con su cola, y dobladas a ambos lados sus pinzas,

alarga en espacio los miembros de sus dos signos:

a éste el muchacho, cuando, húmedo del sudor de su negro veneno,  
y heridas amenazando con su curvada cúspide, ve,

<sup>200</sup>de la razón privado por el helado espanto las bridas soltó.

Las cuales, después de que tocaron postradas lo alto de sus espaldas,

se desorbitan los caballos y, nadie reteniéndolos, por las auras

de una ignota región van, y por donde su ímpetu les lleva,

por allá sin ley se lanzan, y bajo el alto éter se precipitan

<sup>205</sup>contra las fijas estrellas y arrebatan por lo inaccesible el carro,

y ya lo más alto buscan, ya en pendiente y por rutas

vertiginosas a un espacio a la tierra más cercano vanse,

y de que más bajo que los suyos corran los fraternos caballos

la Luna se admira, y abrasadas las nubes humean.

<sup>210</sup>Se prende en llamas, según lo que está más alto, la tierra,  
y hendida produce grietas, y de sus jugos privada se deseca.

Los pastos canecen, con sus frondas se quema el árbol,

y materia presta para su propia perdición el sembrado árido.

De poco me quejo: grandes perecen, con sus murallas, ciudades,

<sup>215</sup>y con sus pueblos los incendios a enteras naciones

en ceniza tornan; las espesuras con sus montes arden,

arde el Atos y el Tauro cílice y el Tmolo y el Oete

y, entonces seco, antes abundantísimo de fontanas, el Ide,

y el virgíneo Helicón y todavía no de Eagro el Hemo.

<sup>220</sup>Arde a lo inmenso con geminados fuegos el Etna

y el Parnaso bicéfalo y el Érix y el Cinto y el Otris

y, que por fin de nieves carecería, el Ródope, y el Mimas

y el Díndima y el Mícale y nacido para lo sagrado el Citerón,

y no le aprovechan a Escitia sus fríos: el Cáucaso arde

<sup>225</sup>y el Osa con el Pindo y mayor que ambos el Olimpo,

y los aéreos Alpes y el nubífero Apenino.

Entonces en verdad Faetón por todas partes el orbe

mira incendiado, y no soporta tan grandes calores,

e hirvientes auras, como de una fragua profunda,

<sup>230</sup>con la boca atrae, y los carros suyos encandecerse siente;

y no ya las cenizas, y de ellas arrojada la brasa,

soportar puede, y envuelto está por todos lados de caliente humo,

y a dónde vaya o dónde esté, por una calina como de pez cubierto,

no sabe, y al arbitrio de los voladores caballos es arrebatado.

<sup>235</sup>De su sangre, entonces, creen, al exterior de sus cuerpos llamada,  
que los pueblos de los etíopes trajeron su negro color.

Entonces se hizo Libia, arrebatados sus humores con ese bullir,  
árida, entonces las ninfas, con sueltos cabellos, a sus fontanas  
y lagos lloraron: busca Beocia a su Dirce,

<sup>240</sup>Argos a Amímone, Éfire a las pirénidas ondas.

Y tampoco las corrientes, las agraciadas con riberas distantes de lugar,  
seguras permanecen: en mitad el Tanais humeaba de sus ondas,  
y también Peneo el viejo y el teutranteo Caíco  
y el veloz Ismeno con el fegíaco Erimanto

<sup>245</sup>y el que habría de arder de nuevo, el Janto, y el flavo Licormas  
y el que juega, el Meandro, entre sus recurvadas ondas,  
y el migdonio Melas y el tenario Eurotas.

Ardió también el Eufrates babilonio, ardió el Orontes  
y el Termodonte raudo y el Ganges y el Fasis y el Histro.

<sup>250</sup>Bulle el Alfeo, las riberas del Esperquío arden,  
y el que en su caudal el Tajo lleva, fluye, por los fuegos, el oro,  
y las que frecuentaban con su canción las meonias riberas,  
sus fluviales aves, se caldean en mitad del Caístro.

El Nilo al extremo huye, aterrorizado, del orbe,

<sup>255</sup>y se tapó la cabeza, que todavía está escondida; sus siete embocaduras,  
polvorientas, están vacías, siete, sin su corriente, valles.

El azar mismo los ismarios Hebro y Estrimón seca,  
y los Vespertinos caudales del Rin, el Ródano y el Po,  
y al que fue de todas las cosas prometido el poder, al Tíber.

<sup>260</sup>Saltó en pedazos todo el suelo y penetra en los Tártaros por las grietas  
la luz, y aterra, con su esposa, al infernal rey;  
y el mar se contrae, y es un llano de seca arena  
lo que poco antes ponto era, y, los que alta cubría la superficie,  
sobresalen esos montes y las esparcidas Cícladas ellos acrecen.

<sup>265</sup>Lo profundo buscan los peces y no sobre las superficies, curvos,  
a elevarse se atreven los delfines hacia sus acostumbradas auras;  
los cuerpos de las focas, de espaldas sobre lo extremo del profundo,  
exánimes, nadan; el mismo incluso Nereo, fama es,  
y Doris y sus nacidas, que se ocultaron bajo tibias cavernas.

<sup>270</sup>Tres veces Neptuno, de las aguas, sus brazos con torvo semblante  
a extraer se atrevió, tres veces no soportó del aire los fuegos.

La nutricia Tierra, aun así, como estaba circundada de ponto,  
entre las aguas del piélagos y, contraídas por todos lados, sus fontanas,  
que se habían escondido en las vísceras de su opaca madre,

<sup>275</sup>sostuvo hasta el cuello, árida, su devastado rostro  
y opuso su mano a su frente, y con un gran temblor

todo sacudiendo, un poco se asentó y más abajo

de lo que suele estar quedó, y así con seca voz habló:

“Si te place esto y lo he merecido, ¿a qué, oh, tus rayos cesan,

<sup>280</sup>supremo de los dioses? Pueda la que ha de perecer por las fuerzas del fuego, por el fuego perecer tuyo, y su calamidad por su autor aliviar.

Apenas yo, ciertamente, mis fauces para estas mismas palabras libero”

–le oprimía la boca el vapor– “quemados, ay, mira mis cabellos, y en mis ojos tanta, tanta sobre mi cara brasa.

<sup>285</sup>¿Estos frutos a mí, este premio de mi fertilidad

y de mi servicio me devuelves, porque las heridas del combado arado y de los rastrillos soporto, y todo se me hostiga el año,

porque al ganado frondas, y alimentos tiernos, los granos, al humano género, a vosotros también inciensos, suministro?

<sup>290</sup>Pero aun así, este final pon que yo he merecido ¿Qué las ondas, qué ha merecido tu hermano? ¿Por qué, a él entregadas en suerte, las superficies decrecen y del éter más lejos se marchan?

Y si ni la de tu hermano, ni a ti mi gracia te conmueve, mas del cielo compadécete tuyo. Mira a ambos lados:

<sup>295</sup>humea uno y otro polo, los cuales si viciara el fuego, los atrios vuestros se desplomarán. Atlante, ay, mismo padece, y apenas en sus hombros candente sostiene el eje.

Si los estrechos, si las tierras perecen, si el real del cielo:

en el caos antiguo nos confundimos. Arrebata a las llamas

<sup>300</sup>cuanto todavía quede y vela por la suma de las cosas.”

Había dicho esto la Tierra, puesto que ni tolerar el vapor más allá pudo ni decir más, y la boca

suya se devolvió a sí misma, y a sus cavernas a los manes más cercanas.

Mas el padre omnipotente, los altísimos poniendo por testigos y a aquél mismo

<sup>305</sup>que había dado sus carros, de que, si ayuda él no prestara, todas las cosas de un hado desaparecerían grave, acude, arduo, al supremo recinto desde donde suele las nubes congregarse sobre las anchas tierras, desde donde mueve los truenos, y sus blandidos rayos lanza.

Pero ni las que pudiera sobre las tierras congregarse, nubes

<sup>310</sup>entonces tuvo, ni las que del cielo mandara, lluvias:

trueno, y balanceando un rayo desde su diestra oreja

lo mandó al auriga y, al par, de su aliento y de sus ruedas

lo expelió, y apacentó con salvajes fuegos los fuegos.

Constérnanse los caballos, y un salto dando en contrario

<sup>315</sup>sus cuellos del yugo arrebatan, y sus rotas correas abandonan:

por allí los frenos yacen, por allí, del timón arrancado,

el eje, en esta parte los radios de las quebradas ruedas,  
y esparcidos quedan anchamente los vestigios del lacerado carro.

Mas Faetón, con llama devastándole sus rútilos cabellos,  
<sup>320</sup>rodando cae en picado, y en un largo trecho por los aires  
va, como a las veces desde el cielo una estrella, sereno,  
aunque no ha caído, puede que ha caído parecer.

Al cual, lejos de su patria, en el opuesto orbe, el máximo  
Erídano lo recibió, y le lavó, humeante, la cara.

<sup>325</sup>Las náyades Vespertinas, por la trífida llama humeante,  
su cuerpo dan a un túmulo, e inscriben también con esta canción la roca:

AQUÍ · SITO · QUEDA · FAETÓN · DEL · CARRO · AURIGA · PATERNO  
QUE · SI · NO · LO · DOMINÓ · AUN · ASÍ · SUCUMBIÓ · A · UNAS · GRANDES · OSADÍAS

Pues su padre, cubiertos por su luto afligido, digno de compasión,  
<sup>330</sup>había escondido sus semblantes, y si es que lo creemos, que un único  
día pasó sin sol refieren; los incendios luz  
prestaban, y algún uso hubo en el mal aquel.

### **Clímene**

Mas Clímene, después de que dijo cuanto hubo  
en tan grandes males de ser dicho, lúgubre y amente,  
<sup>335</sup>y rasgándose los senos, todo registró el orbe,  
y sus exánimes miembros primero, luego sus huesos buscando,  
los halló, aunque huesos, en una peregrina ribera escondidos.  
Y se postró en ese lugar, y su nombre, en el mármol leído,  
regó de lágrimas, y con su abierto pecho lo calentó.

### **Las Helíades**

<sup>340</sup>Y no menos las Helíades le plañen y, inanes ofrendas  
a la muerte, le dan lágrimas, e hiriéndose los pechos con sus palmas,  
a quien no oíría sus tristes quejas, a Faetón,  
noche y día llaman y se prosternan al sepulcro.  
La luna cuatro veces había llenado, juntos sus cuernos, su orbe:  
<sup>345</sup>ellas, con la costumbre suya –pues costumbre lo hiciera el uso–,  
sus golpes de duelo se habían dado; de las cuales Faetusa, de las hermanas  
la mayor, cuando quisiera en tierra postrarse, se quejó  
de que rigentes estaban sus pies, a la cual intentando llegarse  
la cándida Lampetie, por una súbita raíz retenida fue;  
<sup>350</sup>la tercera, cuando con las manos su pelo a desgarrar se disponía,

arranca frondas; ésta, de que un tronco sus piernas retiene,  
 aquélla se duele de que se han hecho sus brazos largas ramas;  
 y mientras de ello se admiran, se abraza a sus ingles una corteza  
 y por sus plantas, útero y pecho y hombros y manos,  
<sup>355</sup>las rodea, y restaban sólo sus bocas llamando a su madre.  
 ¿Qué iba a hacer su madre, sino, adonde la trae su ímpetu a ella,  
 para acá ir y para allá, y, mientras puede, su boca unirles?  
 No bastante es: de los troncos arrancar sus cuerpos intenta,  
 y tiernas con sus manos sus ramas rompe; mas de ahí  
<sup>360</sup>sanguíneas manan, como de una herida, gotas.  
 “Cesa, te lo suplico, madre”, aquélla que es herida grita,  
 “cesa, te lo suplico: se lacera en el árbol nuestro cuerpo.  
 Y ya adiós...” La corteza a sus palabras postreras llega.  
 Después fluyen lágrimas, y, destilados, con el sol se endurecen,  
<sup>365</sup>de sus ramas nuevas, electros, los cuales el lúcido caudal  
 recibe, y a las nueras los manda, para que los lleven, latinas.

### **Cigno**

Asistió a este prodigio, prole de Esténelo, Cigno,  
 el cual a ti, aunque por la sangre materna unido,  
 en la mente aun así, Faetón, más cercano estaba. Él, tras abandonar  
<sup>370</sup>—pues de los lígures los pueblos y sus grandes ciudades regía—  
 su gobierno, las riberas verdes y el caudal Erídano  
 de sus quejas había llenado, y la espesura, por sus hermanas acrecida;  
 cuando su voz se adelgazó para la de un hombre, y canas plumas  
 sus cabellos disimulan, y el cuello del pecho lejos  
<sup>375</sup>se extiende, y sus dedos rojecientes liga una unión,  
 un ala su costado vela, tiene su cara, sin punta, un pico.  
 Se vuelve nueva Cigno una ave, y no él al cielo y a Júpiter  
 se confía, como acordado del fuego injustamente enviado desde él;  
 a los pantanos acude y a los anchurosos lagos, y el fuego odiando,  
<sup>380</sup>las que honrara eligió, contrarias a las llamas, las corrientes.

Demacrado entre tanto el genitor de Faetón, y privado  
 él de su propio decor, con tal orbe cual cuando falta  
 estar suele, la luz odia y a sí mismo él, y al día,  
 y da su ánimo a los lutos, y a los lutos añade ira,  
<sup>385</sup>y su servicio niega al cosmos. “Bastante”, dice, “desde los principios  
 del tiempo la suerte mía ha sido irrequieta, y me pesa  
 de estos, cumplidos sin fin por mí, sin honor, trabajos.  
 Cualquier otro lleve, portadores de las luces, los carros.



Si nadie hay y todos los dioses que no pueden confiesan,  
<sup>390</sup>que él mismo los lleve, para que al menos mientras prueba nuestras riendas,  
los que han de orfanar a los padres, alguna vez los rayos suelte.  
Entonces sabrá, las fuerzas experimentando de los caballos de pies de fuego,  
que no merecía la muerte quien no bien los gobernara a ellos.”  
Al que tal decía circundan, al Sol, todos  
<sup>395</sup>los númenes, y que no quiera las tinieblas congregarse sobre las cosas  
con suplicante voz ruegan; sus enviados fuegos también Júpiter  
excusa, y a sus súplicas amenazas, regiamente, añade.  
Reúne amentes y todavía de terror espantados  
Febo los caballos, y con la aguijada, doliente, y el látigo se encona  
<sup>400</sup>—pues enconado está— y de su nacido les acusa e imputa a ellos.

### **Júpiter y Calisto**

Mas el padre omnipotente las ingentes murallas del cielo  
rodea y que no haya algo vacilante, por las fuerzas del fuego  
derruido, explora. Las cuales, después de que firmes y con su reciedumbre  
propia que están ve, las tierras y los trabajos de los hombres  
<sup>405</sup>indaga. El de la Arcadia suya, aun así, es su más precioso  
cuidado, y sus fontanas y, las que todavía no osaban bajar,  
sus corrientes restituye, da a la tierra gramas, frondas  
a los árboles, y ordena retoñar, lastimadas, a las espesuras.  
Mientras vuelve y va incesante, en una virgen nonacrina  
<sup>410</sup>quedó prendido, y encajados caldearon bajo sus huesos unos fuegos.  
No era de ella obra la lana mullir tirando,  
ni de disposición variar los cabellos: cuando un broche su vestido,  
una cinta sujetara blanca sus descuidados cabellos,  
y ora en la mano una leve jabalina, ora tomara el arco,  
<sup>415</sup>un soldado era de Febe, y no al Ménalo alcanzó alguna  
más grata que ella a Trivia. Pero ninguna potencia larga es.  
Más allá de medio su espacio el sol alto ocupaba,  
cuando alcanza ella un bosque que ninguna edad había cortado.  
Despojó aquí su hombro de su aljaba y los flexibles arcos  
<sup>420</sup>destensó, y en el suelo, que cubriera la hierba, yacía,  
y su pinta aljaba, con su cuello puesto, hundía.  
Júpiter cuando la vio, cansada y de custodia libre:  
“Este hurto, ciertamente, la esposa mía no sabrá”, dice,  
“o si lo vuelve a saber, son, oh, son unas disputas por tanto....”  
<sup>425</sup>Al punto se viste de la faz y el culto de Diana  
y dice: “Oh, de las acompañantes mías, virgen, parte única,

¿en qué sierras has cazado?” Del césped la virgen  
se eleva y: “Salud, numen a mi juicio”, dijo,  
“aunque lo oiga él mismo, mayor que Júpiter.” Ríe y oye,  
<sup>430</sup>y de que a él, a sí mismo, se prefiera se goza y besos le une  
ni moderados bastante, ni que así una virgen deba dar.  
En qué espesura cazado hubiera a la que a narrar se disponía,  
la impide él con su abrazo, y no sin crimen se delata.  
Ella, ciertamente, en contra, cuanto, sólo una mujer, pudiera  
<sup>435</sup>—ojalá lo contemplaras, Saturnia, más compasiva serías—,  
ella, ciertamente, lucha, pero ¿a quién vencer una muchacha,  
o quién a Júpiter podría? Al éter de los altísimos acude vencedor  
Júpiter: para ella causa de odio el bosque es y la cómplice espesura,  
de donde, su pie al retirar, casi se olvidó de coger  
<sup>440</sup>su aljaba con las flechas y, que había suspendido, su arco.  
He aquí que de su coro acompañada Dictina por el alto  
Ménalo entrando, y de su matanza orgullosa de fieras,  
la vio a ella y vista la llama: llamada ella rehúye  
y temió a lo primero que Júpiter estuviera en ella,  
<sup>445</sup>pero después de que al par a las ninfas avanzar vio,  
sintió que no había engaños y al número accedió de ellas.  
Ay, qué difícil es el crimen no delatar con el rostro.  
Apenas los ojos levanta de la tierra, y no, como antes solía,  
junta de la diosa al costado está, ni de todo es el grupo la primera,  
<sup>450</sup>sino que calla y da signos con su rubor de su lastimado pudor  
y, salvo porque virgen es, podría sentir Diana  
en mil señales su culpa —las ninfas que lo notaron refieren—.  
En su orbe noveno resurgían de la luna cuernos,  
cuando la diosa, de la cacería bajo las fraternas llamas lánguida,  
<sup>455</sup>alcanzado había un bosque helado desde el que con su murmullo bajando  
iba, y sus trilladas arenas viraba un río;  
cuando esos lugares alabó, lo alto con el pie tocó de sus ondas.  
Ellas también alabadas, “Lejos queda”, dijo, “árbitro todo;  
desnudos, sumergidos en las linfas bañemos nuestros cuerpos.”  
<sup>460</sup>La Parráside rojeció; todas sus velos dejan;  
una demoras busca; a la que dudaba su vestido quitado le es,  
el cual dejado, se hizo patente, con su desnudo cuerpo, su delito.  
A ella, atónita, y con sus manos el útero esconder queriendo:  
“Vete lejos de aquí”, le dijo Cintia, “y estas sagradas fontanas  
<sup>465</sup>no mancilles”, y de su unión le ordenó separarse.  
Había sentido esto hacía tiempo la matrona del gran Tonante,

y había diferido, graves, hasta idóneos tiempos los castigos.  
Causa de demora ninguna hay, y ya el niño Árcade –esto mismo  
dolió a Juno– había de su rival nacido.

<sup>470</sup>Al cual nada más volvió su salvaje mente junto con su luz:

“Claro es que esto también restaba, adúltera”, dijo,  
“que fecunda fueras y se hiciera tu injuria por tu parto  
conocida y del Júpiter mío testimoniado el desdoro fuera.

No impunemente lo harás, puesto que te arrancaré a ti la figura

<sup>475</sup>en la que a ti misma, y en la que complaces, importuna, a nuestro marido”,

dijo, y de su frente, a ella opuesta, prendiéndole los cabellos,  
la postra en el suelo de bruces; tendía sus brazos suplicantes:  
sus brazos empezaron a erizarse de negros vellos

y a curvarse sus manos y a crecer en combadas uñas

<sup>480</sup>y el servicio de los pies a cumplir, y alabada un día

su cara por Júpiter, a hacerse deforme en una ancha comisura,  
y para que sus súplicas los ánimos, y sus palabras suplicantes, no dobleguen,  
el poder hablar le es arrebatado: una voz iracunda y amenazante  
y llena de terror de su ronca garganta sale.

<sup>485</sup>Su mente antigua le queda –también permaneció en la osa hecha–,

y con su asiduo gemido atestiguando sus dolores,  
cuales ellas son, sus manos al cielo y a las estrellas alza,  
e ingrato a Júpiter, aunque no pueda decirlo, siente.

Ay, cuántas veces, no osando descansar en la sola espesura,

<sup>490</sup>delante de su casa y, otro tiempo suyos, vagó por los campos.

Ay, cuántas veces por las rocas los ladridos de los perros la llevaron,  
y la cazadora, por el miedo de los cazadores aterrada, huyó.

Muchas veces fieras se escondió al ver, olvidada de qué era,  
y, la osa, de ver en los montes osos se horrorizó,

<sup>495</sup>y temió a los lobos, aunque su padre estuviese entre ellos.

He aquí que su prole, desconocedor de su Licaonia madre,  
Árcade, llega, por tercera vez sus quintos casi cumpleaños pasados,  
y mientras fieras persigue, mientras los sotos elige aptos

y de nodosas mallas las espesuras del Erimanto rodea,

<sup>500</sup>cae sobre su madre, la cual se detuvo Árcade al ver

y como aquella que lo conociera se quedó. Él rehúye,

y de quien inmóviles sus ojos en él sin fin tenía

sin saber tuvo miedo y a quien más cerca avanzar ansiaba  
hubiera atravesado el pecho con una heridora flecha.

<sup>505</sup>Lo evitó el omnipotente, y al par a ellos y su abominación  
contuvo, y, al par, arrebatados por el vacío merced al viento,

los impuso en el cielo, y vecinas estrellas los hizo.

Se inflamó Juno después que entre las estrellas su rival  
fulgió, y hasta la cana Tetis descendió a las superficies,  
<sup>510</sup>y al Océano viejo, cuya reverencia conmueve  
a menudo a los dioses, y a aquéllos que la causa de su ruta preguntaban, empieza:  
“¿Preguntáis por qué, reina de los dioses, de las etéreas  
sedes aquí vengo? En vez de mí tiene otra el cielo.  
Miento si cuando oscuro la noche haya hecho el orbe,  
<sup>515</sup>recién honoradas –mis heridas– con el supremo cielo,  
no vierais unas estrellas allí, donde el círculo último,  
por su espacio el más breve, el eje postrero rodea.  
¿Hay en verdad razón por que alguien a Juno herir no quiera,  
y ofendida le trema, la que sola beneficio daño haciendo?  
<sup>520</sup>¡Oh, yo, qué cosa grande he hecho! ¡Cuán vasta la potencia nuestra es!  
Ser humana le veté: hecho se ha diosa. Así yo los castigos  
a los culpables impongo, así es mi gran potestad.  
Que le reclame su antigua hermosura y los rasgos ferinos  
le detraiga, lo cual antes en la argólica Forónide hizo.  
<sup>525</sup>¿Por qué no también, echada Juno, se la lleva  
y la coloca en mi tálamo y por suegro a Licaón toma?  
Mas vosotros, si os mueve el desprecio de vuestra herida ahijada,  
del abismo azul prohibid a los Siete Triones,  
y esas estrellas, en el cielo en pago de un estupro recibidas,  
<sup>530</sup>rechazad, para que no se bañe en la superficie pura una rival.”

Los dioses del mar habían asentido: en su manejable carro la Saturnia  
ingresa en el fluente éter con sus pavones pintados.

### **El cuervo**

Tan recién pintados sus pavones del asesinado Argos,  
como tú recientemente fuiste, cuando cándido antes fueras,  
<sup>535</sup>cuervo locuaz, en alas vuelto súbitamente ennegrecidas.  
Pues fue ésta un día, por sus niveas alas plateada  
un ave, como para igualar, todas sin fallo, a las palomas,  
y a los que salvarían los Capitolios con su vigilante voz  
no ceder, a los ánsares, ni amante de las corrientes al cisne.  
<sup>540</sup>Su lengua fue su perdición, la lengua haciendo esa, locuaz,  
que el color que blanco era, ahora es contrario al blanco.

### **Apolo y Coronis**

Más bella en ella toda que la larísea Coronis

no la hubo, en la Hemonia: te agradó a ti, Delfico, ciertamente,  
mientras o casta fue, o inobservada, pero el ave  
<sup>545</sup>de Febo sintió el adulterio, y para descubrir  
la culpa escondida, no exorable delator,  
hacia su señor tomaba el camino;

### **La corneja; Nictímene**

al cual, gárrula, moviendo  
sus alas, le sigue, para averiguarlo todo, la corneja,  
y oída de su ruta la causa: “No útil coges”,  
<sup>550</sup>dice, “un camino: no desprecia los presagios de mi lengua.  
Qué fuera yo y qué sea, mira, y el mérito pregunta.  
Encontrarás que daño me hizo mi lealtad. Pues en cierto tiempo  
Palas a Erictonio, prole sin madre creada,  
había encerrado, tejida de acteo mimbre, en una cesta,

### **Las hijas de Cécrope**

<sup>555</sup>y a vírgenes tres, del geminado Cécrope nacidas,  
con la ley lo había entregado, de que sus secretos no vieran.  
Escondida en su fronda leve oteaba yo desde un denso olmo  
qué hacían: sus cometidos dos sin fraude guardan,  
Pándrosos y Herse; miedosas llama sola a sus hermanas  
<sup>560</sup>Áglauros y los nudos con su mano separa, y dentro  
al pequeño ven y, al lado tendido, un dragón.  
Los hechos a la diosa refiero, a cambio de lo cual a mí gracia tal  
se me devuelve, que se me dice de la guardia expulsada de Minerva,  
y se me pone por detrás del ave de la noche. Mi castigo a las aves  
<sup>565</sup>advertir puede de que con su voz peligros no busquen.  
Mas, pienso, no voluntariamente ni que algo tal pedía  
a mí acudió. Lo puedes a la misma Palas preguntar:  
aunque furiosa está, no esto furiosa negará.  
Pues a mí en la focaica tierra el claro Coroneo  
<sup>570</sup>—cosas conocidas digo— me engendró, y había sido yo una regia virgen  
y por ricos pretendientes —no me desprecia— era pretendida.  
Mi hermosura me dañó: pues, cuando por los litorales con lentos  
pasos, como suelo, paseaba por encima de la arena,  
me vio y se encendió del piélagos el dios, y como suplicando  
<sup>575</sup>con blandas palabras tiempos inanes consumió,  
la fuerza dispone y me persigue; huyo y denso dejo  
el litoral, y en la mullida arena me fatigo en vano.

Después a dioses y hombres llamo, y no alcanza la voz  
mía a mortal alguno: se conmovió por una virgen la virgen  
<sup>580</sup>y auxilio me ofreció. Tendía los brazos al cielo:  
mis brazos empezaron de leves plumas a negrecer;  
por rechazar de mis hombros esa veste pugnaba, mas ella  
pluma era y en mi piel raíces había hecho hondas;  
golpes de duelo dar en mis desnudos pechos intentaba con mis palmas,  
<sup>585</sup>pero ni ya palmas ni pechos desnudos llevaba;  
corría, y no como antes mis pies retenía la arena,  
sino que de lo alto de la tierra me elevaba; luego, llevada por las auras  
avanzo y dada soy, inculpada, de acompañante, a Minerva.  
¿De qué, aun así, esto me sirve, si, hecha ave por un siniestro  
<sup>590</sup>crimen, Nictímene nos sucedió en el honor nuestro?  
¿O acaso la que cosa es por toda Lesbos conocidísima,  
no oída por ti ha sido, de que profanó el dormitorio patrio  
Nictímene? Ave ella, ciertamente, pero sabedora de su culpa,  
de la vista y la luz huye, y en las tinieblas su pudor  
<sup>595</sup>esconde y, a una, expulsada es del éter todo.”

### **Apolo y Coronis (II)**

A quien tal decía: “Para tu mal”, dice el cuervo,  
“las disuasiones estas sean, suplico yo: nos el vano agüero despreciamos”,  
y no suelta emprendido el camino y a su dueño, que yaciendo  
ella con un joven hemonio había visto, a Coronis, narra.  
<sup>600</sup>La láurea se resbaló, oído el crimen, al amante,  
y al par su expresión, del dios, y su plectro y su color,  
se desprendió, y según su ánimo hervía de henchida ira,  
sus armas acostumbradas coge y, doblado por sus cuernos, el arco  
tiende, y aquellos, tantas veces con su pecho unidos,  
<sup>605</sup>con una inevitada flecha atravesó, sus pechos.  
Golpeada dio un gemido, y al ser sacado de su cuerpo el hierro  
sus cándidos miembros regó de crúor carmesí,  
y dijo: “Pude mis castigos a ti, Febo, haber cumplido,  
pero haber parido antes. Dos ahora moriremos en una.”  
<sup>610</sup>Hasta aquí, y al par su vida con su sangre vertió.  
A su cuerpo, inane de aliento, un frío letal siguió.  
Le pesa, ay, tarde de su castigo cruel al amante,  
y a sí mismo, porque oyera, porque así ardiera se odia;  
odia al ave por la cual el crimen y la causa de su dolor  
<sup>615</sup>a saber obligado fue, y no menos su arco y su mano odia,

y, con su mano, temerarios dardos, las saetas,  
y a la abatida conforta, y con tardía ayuda por vencer esos hados  
pugna, y médicas ejerce inanemente sus artes.  
Lo cual, después de que en vano intentarse, y la hoguera aprestarse  
<sup>620</sup>sintió, y que arderían en los supremos fuegos sus miembros,  
entonces en verdad gemidos –puesto que no las celestes caras  
bañarse pueden en lágrimas–, de su alto corazón acudidos,  
emitió, no de otro modo que cuando, viéndolo la novilla,  
de su lactante becerrito, balanceado desde la diestra oreja,  
<sup>625</sup>las sienes cóncavas destrozó el mazo con un claro golpe.  
Aun así, cuando ingratos sobre sus pechos derramó los olores  
y le dio abrazos, y con lo injustamente justo cumplió,  
no soportó Febo que a las cenizas mismas cayeran  
sus simientes, sino a su nacido de las llamas y del útero de su madre  
<sup>630</sup>arrebató, y del geminado Quirón lo llevó a la caverna,  
y al que esperaba para sí los premios de su no falsa lengua,  
entre las aves blancas vetó asentarse, al cuervo.

### **Ocíroo**

El mediofiera, entre tanto, de su ahijado de divina estirpe  
alegre estaba y, mezclado a su carga, se gozaba del honor.  
<sup>635</sup>He aquí que llega, protegiendo sus hombros con sus rútilos cabellos,  
la hija del Centauro, a la que un día la ninfa Cariclo,  
en las riberas de una corriente arrebatadora por haberla parido, llamó  
Ocíroo; no ella con haber aprendido las artes paternas  
se contentó: de los hados los arcanos cantaba.  
<sup>640</sup>Así pues, cuando los vatícinos furores concibió en su mente,  
y se enardeció del dios que encerrado en su pecho tenía,  
miró al pequeño y: “Para todo el orbe saludador,  
crece, niño”, dijo, “a ti los mortales cuerpos muchas veces  
se deberán; los alientos arrancados para ti devolver  
<sup>645</sup>lícito será, y habiendo esto osado tú una sola vez, por la indignación de los dioses,  
poder concederlo de nuevo tu llama atávica te prohibirá,  
y, de dios, cuerpo exangüe te volverás, y dios  
quien poco antes cuerpo eras, y dos veces tus hados renovarás.  
Tú también, querido padre, ahora inmortal, y para que  
<sup>650</sup>por las edades todas permanezcas, según la ley de tu nacimiento creado,  
poder morir desearás entonces, cuando seas torturado por la sangre  
de una siniestra serpiente, a través de tus heridos miembros recibida,  
y a ti, de eterno, sufridor de la muerte las divinidades

te harán, y las trípticas diosas tus hilos desatarán.”

<sup>655</sup>Restaba a los hados algo: suspira desde sus hondos  
pechos y lágrimas por sus mejillas resbalan brotadas,  
y así: “Se me anticipan”, dijo, “a mí mis hados y se me impide  
más decir, y de la voz mía se antecierra el uso.

No hubieran sido estas artes tan valiosas que del numen la ira  
<sup>660</sup>me contrajeran: preferiría desconocer lo futuro.

Ya a mí sustraérseme la faz humana parece,  
ya por alimento la hierba me place, ya de correr por los anchos llanos  
el ímpetu tengo: en yegua y a mí emparentados cuerpos me vuelvo.  
¿Toda, aun así, por qué? El padre es mío en verdad biforme.”

<sup>665</sup>A la que tal decía la parte fuele extrema de su queja  
entendida poco, y confusas sus palabras fueron.  
Pronto ni palabras siquiera, ni de yegua, el sonido aquel parece,  
sino del que imitara a una yegua, y en pequeño tiempo ciertos  
relinchos emitió, y sus brazos movió a las hierbas.

<sup>670</sup>Entonces sus dedos se unen y quíntuples enlaza sus uñas,  
de perpetuo cuerno, un leve casco, crece también de su cara  
y su cuello el espacio, la parte máxima de su largo manto  
cola se hace, y según vagos los cabellos por su cuello yacían,  
en diestras crines acaban, y al par renovada fue

<sup>675</sup>su voz y su faz: nombre también esos prodigios le dieron.

### **Mercurio y Bato**

Lloraba, y la ayuda tuya en vano de Fílicas el héroe,  
Délfico, demandaba. Pues ni rescindir las órdenes  
del gran Júpiter podías ni, si rescindir las pudieras,  
entonces allí estabas: la Élide y los mesenios campos honrabas.

<sup>680</sup>Aquel era el tiempo en el que a ti una pastoril piel  
te cubrió y carga fue un báculo silvestre de tu siniestra,  
de la otra, dispar de sus septenas cañas, la flauta;  
y mientras el amor es tu cuidado, mientras a ti tu flauta te calma,  
incustodiadas se recuerdan tus reses que en los campos

<sup>685</sup>se adentraron de Pilos. Las ve de la Atlántide Maya  
el nacido, y con el arte suya en las espesuras las oculta sustraídas.  
Sintiera este hurto nadie, salvo, conocido en aquel  
campo, un anciano: Bato la vecindad toda le llamaban.

Él los sotos y los herbosos pastos del rico Neleo  
<sup>690</sup>y las greyes de sus nobles yeguas como custodio guardaba.

De él temió, y con blanda mano lo apartó, y a él:



“Quien quiera que eres, huésped”, dice, “si acaso las manadas  
buscara estas alguien, haberlas visto niega, y por que no con gracia ninguna  
tu acción se recompense: toma de premios esta nítida vaca”,  
<sup>695</sup>y la dio. Aceptada, las voces estas devolvió: “Huésped,  
seguro vayas. La piedra esta antes tus hurtos dirá”,  
y una piedra mostró. Simula de Júpiter el nacido que se marcha.  
Luego vuelve, y tornada al par con su voz su figura:  
“Campesino, si has visto por esta linde”, le dijo, “pasar  
<sup>700</sup>algunas reses, préstame ayuda, y al hurto sus silencios quita.  
Junto a su toro al par se te dará una hembra.”  
Pero el más anciano, después de que se hubo el salario duplicado: “Bajo esos  
montes”, dice, “estarán”, y estaban bajo los montes esos.  
Rió el Atlántida y: “¿A mí a mí mismo, pérfido, delatas?  
<sup>705</sup>¿A mí a mí mismo delatas?”, dice, y sus perjuros pechos torna  
en un duro sílice, que ahora también se dice delator,  
y, en la que nada mereció, una vieja infamia hay, en esa roca.

### **Áglauro, Mercurio y Herse**

Desde aquí se había elevado en sus parejas alas el Portador del caduceo  
y volando los muniquios campos y la tierra grata  
<sup>710</sup>a Minerva abajo contemplaba, y los arbustos del culto Liceo.  
En aquel día, por azar, unas castas de costumbre muchachas,  
la cabeza puesta bajo ellos, hacia los festivos recintos de Palas  
puros sacrificios portaban en coronados canastos.  
De ahí al volver ellas, el dios las ve alado y su camino  
<sup>715</sup>no hace recto, sino que en el orbe lo curva mismo.  
Como volador el rapacísimo milano, al ver unas entrañas,  
mientras teme y densos rodean los sacrificios los ministros  
dobla en espiral, y no más lejos osa partir,  
y la esperanza suya ávido circunvuela moviendo las alas,  
<sup>720</sup>así sobre los acteos recintos ávido el Cilenio  
inclina su curso y las mismas auras cercena.  
Cuanto más espléndido que las demás estrellas fulge  
el Lucero, y cuanto que el Lucero la áurea Febe,  
tanto que las vírgenes más prestante todas Herse  
<sup>725</sup>iba, y era el decor de la pompa y de las acompañantes suyas.  
Quedó pasmado de su hermosura de Júpiter el nacido y, en el éter suspendido,  
no de otro modo ardió que cuando la baleárica honda  
el plomo lanza: vuela éste y se encandece en su ida  
y, los que no tenía, fuegos bajo las nubes encuentra.

<sup>730</sup>Torna su camino y el cielo abandonado acude a lo terreno  
y no se disfraza: tanta es su confianza en su hermosura.  
La cual aunque la justa es, con su cuidado aun así la ayuda:  
y se aquietta los cabellos, y la clámide para que cuelgue aptamente  
coloca, de modo que la orla y todo parezca su oro,  
<sup>735</sup>que bruñida en su diestra, la que los sueños trae y veta,  
su vara esté, que brillen sus talaes en sus tersas plantas.  
Una parte secreta de la casa, de marfil y tortuga ornados,  
tres tálamos tenía, de los que tú, Pándrosos, el diestro,  
Áglauros el izquierdo, el central poseía Herse.  
<sup>740</sup>La que tenía el izquierdo, al venir él, la primera notó  
a Mercurio y el nombre del dios averiguar osó  
y la causa de su venida. A la cual así respondió: “El Atlántida  
y de Pléyone el nieto yo soy, el que por las auras las ordenadas  
palabras de mi padre porto, padre es para mí Júpiter mismo.  
<sup>745</sup>Y no fingiré las causas: basta que tú fiel a tu hermana  
ser quieras y de la prole mía tía materna llamarte:  
Herse la causa de mi ruta; que favorezcas, te rogamos, al amante.”  
Lo contempló a él con los ojos mismos con los que escondidos poco antes  
viera Áglauros los secretos de la flava Minerva,  
<sup>750</sup>y a cambio de su ministerio para sí de gran peso un oro  
postula: entre tanto de sus techos a retirarse le obliga.  
Torna a ella la diosa guerrera de su torva mirada el orbe,  
y de lo hondo trajo unos suspiros, con tan gran movimiento,  
que al par su pecho y, puesta en su pecho fuerte,  
<sup>755</sup>la égida sacudiera. Recuerda que ella sus arcanos con profana  
mano descubrió, entonces, cuando sin madre creada,  
del Lemnícola la stirpe contra los dados pactos vio,  
y que grata al dios iba a ser ya, y grata a su hermana,  
y rica al coger, que avara había demandado, el oro.

### **La Envidia**

<sup>760</sup>En seguida de la Envidia, sucios de negra podre,  
a los techos acude: la casa está de ella en unos hondos valles  
apartada, de sol privada, no transitable para ningún viento,  
triste y llenísima de indolente frío, y cual  
de fuego carezca siempre, en calina siempre abunde.  
<sup>765</sup>Aquí cuando llegó, de la batalla la temible heroína,  
se apostó ante la casa –puesto que acceder a esos techos  
lícito no le es– y los postes con el extremo de su cúspide sacude.

Golpeadas se abrieron las puertas: ve dentro, comiendo  
viborinas carnes, alimentos de los vicios suyos,  
<sup>770</sup>a la Envidia, y vista los ojos volvió; mas ella  
se levanta de la tierra, despaciosa, y de las semicomidas serpientes  
deja los cuerpos, y con paso avanza inerte,  
y cuando a la diosa vio, por su forma y sus armas hermosa,  
gimió hondo, y semblante para esos hondos suspiros puso.  
<sup>775</sup>La palidez en su rostro se asienta, delgadez en todo el cuerpo,  
a ninguna parte recta su mirada, lívidos están de orín sus dientes,  
sus pechos de hiel verdecen, su lengua está inundada de veneno.  
Risa no tiene, salvo la que movieron vistos los dolores,  
y no disfruta de sueño, despierta por las vigilativas angustias,  
<sup>780</sup>sino que ve los ingratos –y se consume al verlos–  
éxitos de los hombres, y corroe y corróese a una,  
y su suplicio el suyo es. Aun así, aunque la odiaba a ella,  
con tales palabras se le dirigió brevemente la Tritonia:  
“Infecta de la podre tuya de las nacidas de Cécrope a una:  
<sup>785</sup>así menester es. Áglauros ella es.” No más diciendo  
huye, y la tierra repele apoyando su asta.

Ella, a la diosa que huía con su oblicua luz contemplando,  
unos murmullos pequeños dio y de lo que bien saldría a Minerva  
se dolió, y su báculo toma, al que entero ligaduras  
<sup>790</sup>de espinas ceñían, y cubierta de nubes negras  
por donde quiera que pasa, postra florecientes los campos  
y quema las hierbas y lo alto de las amapolas rae  
y con el aflato suyo pueblos y ciudades y casas  
mancilla, y por fin de la Tritónide contempla el recinto,  
<sup>795</sup>de talentos y de recursos y de festiva paz verdeciente,  
y apenas contiene las lágrimas porque nada lacrimoso divisa.

### **Áglauro**

Pero después de que en los tálamos penetró de la nacida de Cécrope,  
lo ordenado hace y su pecho con una mano de orín teñida  
toca y de arponadas zarzas su tórax llena,  
<sup>800</sup>y le insufla un dañino jugo, y como la pez por sus huesos  
disipa y por mitad esparce de su pulmón un veneno,  
y para que de su mal las causas por un espacio más ancho no vaguen,  
a su germana ante sus ojos, y de su hermana el afortunado  
matrimonio, y al dios bajo su bella imagen, pone,  
<sup>805</sup>y todo grande lo hace; con lo cual excitada, por un dolor

oculto la Cecrópide es mordida, y ansiosa de noche,  
ansiosa a la luz gime, y en una lenta podre, tristísima,  
se disuelve, como el hielo herido por un incierto sol,  
y por los bienes no más lenemente se abrasa de la feliz Herse,  
<sup>810</sup>que cuando a las espinosas hierbas fuego se les abaja,  
las cuales, como no dan llamas, sí con suave tibieza se creman.  
Muchas veces morir quiso, para algo tal no ver,  
muchas veces, como un crimen, narrarlo a su rígido padre.  
Por fin en el umbral opuesto al que llegaba se sentó,  
<sup>815</sup>para excluirlo, al dios; a quien, mientras blandimientos y súplicas  
y palabras le lanzaba suavísimas: “Cesa”, le dijo.  
“De aquí yo no me he de mover sino cuando te haya rechazado.”  
“Estemos”, dice el veloz Cilenio, “en el pacto este.”  
Y con su celeste vara las puertas abrió, mas a ella,  
<sup>820</sup>cuando levantar intentaba las partes que al sentarse  
dobla, no pueden, por una indolente pesadez, moverse.  
Ella pugna ciertamente por elevarse, recto el tronco,  
pero de las rodillas la juntura rigente está y un frío por sus uñas  
se desliza y palidecen, perdida la sangre, sus venas,  
<sup>825</sup>y como anchamente suele, incurable, malo un cáncer,  
serpear, y a las ilesas añadir las viciadas partes,  
así un letal invierno poco a poco a su pecho llega  
y las vitales vías y los respiraderos cierra,  
y ni intentó hablar ni si intentado lo hubiera  
<sup>830</sup>de voz tenía camino; una roca ya sus cuellos poseía  
y su cara se había endurecido y estatua exangüe sentada estaba,  
y no su piedra blanca era: su mente la había inficionado a ella.

### **Júpiter y Europa**

Cuando estos castigos de sus palabras y de su mente profana  
cobró el Atlántida, dichas por Palas esas tierras  
<sup>835</sup>abandona, e ingresa en el éter sacudiendo sus alas.  
Lo llama aparte a él su genitor y la causa sin confesar de su amor:  
“Fiel ministro”, dice, “de las órdenes, mi nacido, mías,  
rechaza la demora y raudo con tu acostumbrada carrera descende,  
y la tierra que a tu madre por la parte siniestra  
<sup>840</sup>mira –sus nativos Sidónide por nombre le dicen–,  
a ella acude, y el que, lejos, de montana grama apacentarse,  
ganado real, ves, a los litorales torna.”  
Dijo, y expulsados al instante del monte los novillos,

a los litorales ordenados acuden, donde la hija del gran rey  
<sup>845</sup> jugar, de las vírgenes tirias acompañada, solía.  
No bien se avienen ni en una sola sede moran  
la majestad y el amor: del cetro la gravedad abandonada  
aquel padre y regidor de los dioses, cuya diestra de los trisulcos  
fuegos armada está, quien con un ademán sacude el orbe,  
<sup>850</sup> se viste de la faz de un toro y mezclado con los novillos  
muge, y entre las tiernas hierbas hermoso deambula.  
Cierto que su color el de la nieve es, que ni las plantas  
de duro pie han hollado ni ha disuelto el acuático austro.  
En su cuello toros sobresalen, por sus brazos las papadas penden;  
<sup>855</sup> sus cuernos pequeños, ciertamente, pero cuales contender  
podrías que hechos a mano, y más perlúcidos que pura una gema.  
Ninguna amenaza en su frente, ni formidable su luz:  
paz su rostro tiene. Se admira de Agenor la nacida  
porque tan hermoso, porque combate ninguno amenace,  
<sup>860</sup> pero aunque tuvo miedo de tocarlo, manso, a lo primero,  
pronto se acerca y flores a su cándida boca le extiende.  
Se goza el amante, y mientras llegue el esperado placer,  
besos da a sus manos; apenas ya, apenas el resto difiere,  
y ahora al lado juega y salta en la verde hierba,  
<sup>865</sup> ahora su costado níveo en las bermejadas arenas depone.  
Y poco a poco, el miedo quitado, ora sus pechos le presta  
para que con su virgínea mano lo palme, ora los cuernos, para que guirnaldas  
los impidan nuevas. Se atrevió también la regia virgen,  
ignorante de a quién montaba, en la espalda sentarse del toro:  
<sup>870</sup> cuando el dios, de la tierra y del seco litoral, insensiblemente,  
las falsas plantas de sus pies a lo primero pone en las ondas;  
de allí se va más lejos, y por las superficies de mitad del ponto  
se lleva su botín. Se asusta ella y, arrancada a su litoral abandonado,  
vuelve a él sus ojos, y con la diestra un cuerno tiene, la otra al dorso  
<sup>875</sup> impuesta está; trémulas ondulan con la brisa sus ropas.

## Libro tercero

### Cadmo

Y ya el dios, dejada del falaz toro la imagen,  
él se había confesado, y los dicteos campos tenía;  
cuando su padre, de ello ignorante, a Cadmo perquirir a la raptada  
impera, y de castigo, si no la encontrara, añade  
<sup>5</sup>el exilio, por tal hecho él piadoso, y execrable él por el mismo.  
Todo el orbe lustrado (¿pues quién sorprender pueda  
los hurtos de Júpiter?), prófugo, su patria y la ira de su padre  
evita el Agenórida, y de Febo los oráculos suplicante  
consulta, y cuál sea la tierra que ha de habitar requiere:  
<sup>10</sup>“Una res”, Febo dice, “a tu encuentro saldrá en unos solitarios campos,  
sin haber sufrido ningún yugo, y de curvo arado inmune.  
Con ella de guía coge las rutas y, en la hierba que descansa,  
unas murallas ponte a fundar y beocias las llama.”  
No bien Cadmo había descendido de la castalia caverna,  
<sup>15</sup>incustodiada, lentamente ve ir a una novilla,  
sin que ningún signo de servidumbre en su cerviz llevara.  
La sigue, y, marcado, lee las huellas de su paso,  
y al autor de su ruta, a Febo, taciturno, adora.  
Ya los vados del Cefiso, y de Pánope había evadido los campos:  
<sup>20</sup>la res se detuvo y levantando, especiosa con sus cuernos altos,  
al cielo su frente, con mugidos impulsó las auras,  
y así, volviéndose a mirar a los acompañantes que sus espaldas seguían,  
se postró, y su costado abajó en la tierna hierba.  
Cadmo da las gracias y a esa peregrina tierra besos  
<sup>25</sup>une, y desconocidos montes y campos saluda.  
Sus sacrificios a Júpiter a hacer iba: manda ir a unos ministros  
y buscar, las que libaran, de las vivas fontanas ondas.  
Una espesura vieja se alzaba, por ninguna segur violada,  
y una gruta en el medio, de varas y mimbre densa,  
<sup>30</sup>efectuando, humilde en sus ensambladuras de piedra, un arco,  
fecunda en fértiles aguas; donde, escondida en su caverna,  
una serpiente de Marte había, por sus crestas insigne y su oro:  
de fuego rielan sus ojos, su cuerpo henchido todo de veneno,  
y tres rielan sus lenguas, en tríplice orden se alzan sus dientes.  
<sup>35</sup>Esta floresta, después de que los marchados del pueblo tirio

con infausto paso tocaron, y, bajada a las ondas,  
 la urna hizo un sonido, la cabeza sacó de su larga caverna  
 la azulada serpiente y horriblos silbidos lanzó.  
 Se derramaron las urnas de sus manos, y la sangre abandonó  
<sup>40</sup>su cuerpo y un súbito temblor ocupa atónitos sus miembros.  
 Ella, escamosos, en volubles nexos sus orbes  
 tuerce, y de un salto se curva en inmensos arcos,  
 y en más de media parte erguida hacia las leves auras  
 bajo sí contempla todo el bosque y de tan grande cuerpo es, cuanto,  
<sup>45</sup>si toda la contemplas, la que separa a las gemelas Osas.  
 Y no hay demora, a los fenicios, ya si para ella las armas preparaban  
 ya si la huida, ya si el mismo temor les prohibía ambas cosas,  
 ocupa: a éstos de un mordisco, de largos abrazos a aquéllos,  
 a éstos mata con el aflato de su funesto –de su podre– veneno.  
<sup>50</sup>Había hecho exiguas ya el sol, altísimo, las sombras:  
 qué demora sea la de sus compañeros asombra de Agenor al nacido,  
 y rastrea a los hombres. Su cobertor, desgarrado de un león,  
 el pellejo era, su arma una láncea de esplendente hierro,  
 y una jabalina, y, más prestante que arma alguna, su ánimo.  
<sup>55</sup>Cuando al bosque entró y matados sus cuerpos vio  
 y vencedor sobre ellos, de espacioso cuerpo, al enemigo,  
 sus tristes heridas lamiendo con sanguínea lengua:  
 “O el vengador, fidelísimos cuerpos, de vuestra muerte,  
 o su compañero”, dice, “seré.” Así dijo, y con la diestra una molar  
<sup>60</sup>levantó y, grande, con gran conato se la mandó.  
 De ella con el empuje, aunque, arduas con sus torres excelsas,  
 murallas movido se habrían, la serpiente sin herida quedó,  
 de una loriga al modo por sus escamas defendida, y de su negro  
 pellejo con la dureza, vigorosos, con la piel repelió los golpes.  
<sup>65</sup>Mas no con la dureza misma la jabalina también venció,  
 la cual, en mitad de la curvatura de su flexible espina clavada,  
 se irguió y todo descendió en sus ijares su hierro.  
 Ella, del dolor feroz, la cabeza para sus espaldas retorció  
 y sus heridas miró y el clavado astil mordió,  
<sup>70</sup>y éste, cuando con fuerza mucha lo hubo inclinado a parte toda,  
 apenas de su espalda lo arrebató; el hierro, aun así, en sus huesos quedó prendido.  
 Entonces, en verdad, después de que a sus acostumbradas iras se allegó  
 un motivo reciente, se hincharon sus gargantas de sus llenas venas,  
 y una espuma blanquecina circunfluye por sus pestíferas comisuras,  
<sup>75</sup>y la tierra suena raída por sus escamas, y el hálito que sale

negro de su boca estigia, corrompidas, infecta las auras.  
 Ella, ora en espiras que un inmenso orbe hacen  
 se ciñe, a las veces, que una larga viga más recta se yergue,  
 con una embestida ahora vasta, cual concitado por las lluvias un caudal,  
<sup>80</sup>muévase, y, a ella opuestas, arrasa con su pecho las espesuras.  
 Se retira el Agenórída un poco, y con el despojo del león  
 sostiene sus incursos y su acosante boca retarda,  
 su cúspide tendiéndole delante; se enfurece ella e inanes heridas  
 da al duro hierro y clava en la punta los dientes.  
<sup>85</sup>Y ya de su venenífero paladar sangre a manar  
 había empezado, y con su aspersion había bañado, verdes, las hierbas.  
 Pero leve la herida era, porque que ella a sí se retraía del golpe  
 y sus heridos cuellos daba atrás, y que tajo asestara  
 retirándose impedía, y no más lejos ir permitía,  
<sup>90</sup>hasta que el Agenórída, puesto el hierro en la garganta,  
 sin dejar de seguirla la empujó, mientras, yendo ella hacia atrás, una encina  
 le cerró el paso, y clavada quedó al par, con el madero, su cerviz.  
 Del peso de la serpiente curvóse el árbol, y por la parte  
 inferior al ser flagelada de la cola, su madera gimió.  
<sup>95</sup>Mientras el espacio el vencedor considera de su vencido enemigo,  
 una voz de repente oída fue, y no estaba reconocer de dónde  
 al alcance, pero oída fue: “¿Por qué, de Agenor el nacido, la perecida  
 serpiente miras? También tú mirado serás como serpiente.”  
 Él, largo tiempo asustado, al par con la mente el color  
<sup>100</sup>había perdido, y de gélido terror sus cabellos se arreciaron:  
 he aquí que de este varón la bienhechora, deslizándose por las superiores auras,  
 Palas llega, y removida ordena someter a la tierra  
 los viborinos dientes, incrementos del pueblo futuro.  
 Obedece, y cuando un surco hubo abierto, hundido el arado  
<sup>105</sup>esparce en la tierra, mortales simientes, los ordenados dientes.  
 Después –que la fe cosa mayor– los terrones empezaron a moverse,  
 y primera de los surcos el filo apareció de un asta,  
 las coberturas luego de sus cabezas, cabeceando con su pintado cono,  
 luego los hombros y el pecho y cargados los brazos de armas  
<sup>110</sup>sobresalen, y crece un sembrado, escudado, de varones:  
 así, cuando se retiran los tapices de los festivos teatros,  
 surgir las estatuas suelen, y primero mostrar los rostros,  
 lo demás poco a poco, y en plácido tenor sacadas,  
 enteras quedan a la vista, y en el inferior margen sus pies ponen.  
<sup>115</sup>Aterrado por este enemigo nuevo, Cadmo a empuñar las armas se preparaba:



“No empuña”, de este pueblo, al que la tierra había creado, uno exclama, “y no en civiles guerras te mezcla.”

Y así, de sus terrígenas hermanos a uno, de cerca, con su rígida espada hiere; por una jabalina cae, de lejos, él mismo.

<sup>120</sup>Este también que a la muerte le diera, no más largo que aquél vive, y expira las auras que ora recibiera,

y con ejemplo parejo se enfurece toda la multitud, y por su propio Marte caen por sus mutuas heridas los súbitos hermanos.

Y ya, con tal espacio de breve vida la agraciada juventud,

<sup>125</sup>a su sanguínea madre golpes de duelo daba en su tibio pecho, cinco los sobrevivientes: de los cuales fue uno Equión.

Él sus armas arrojó al suelo por consejo de la Tritónide, y de fraterna paz palabra pidió y dio.

Éstos de su obra por acompañantes tuvo el sidonio huésped,

<sup>130</sup>cuando puso, ordenado por las venturas de Febo, la ciudad.

Ya se alzaba Tebas; pudieras ya, Cadmo, parecer en tu exilio feliz: suegros a ti Marte y Venus te habían tocado; aquí añade la alcurnia de esposa tan grande, tantas hijas e hijos y, prendas queridas, tus nietos, <sup>135</sup>éstos también, ya jóvenes; pero claro es que su último día siempre de aguardar el hombre ha, y decirse dichoso antes de su óbito nadie, y de sus supremos funerales, debe.

### **Diana y Acteón**

La primera tu nieto, entre tantas cosas para ti, Cadmo, propicias, causa fue de luto, y unos ajenos cuernos a su frente <sup>140</sup>añadidos; y vosotras, canes saciadas de una sangre dueña vuestra. Mas, bien si buscas, de la fortuna un crimen en ello, no una abominación hallarás, pues, ¿qué abominación un error tenía?

El monte estaba infecto de la matanza de variadas fieras, y, ya el día mediado, de las cosas había contraído las sombras, <sup>145</sup>y el sol por igual de sus metas distaba ambas, cuando el joven, por desviadas guaridas a los que vagaban, a los partícipes de sus trabajos, con plácida boca llama, el hantio: “Los linos chorrean, compañeros, y el hierro, de crúor de fieras, y fortuna el día tuvo bastante. La siguiente Aurora <sup>150</sup>cuando, transportada por sus zafranadas ruedas, la luz reitere, el propuesto trabajo retomaremos; ahora Febo de ambas tierras lo mismo dista, y hiende con sus vapores los campos. Detened el trabajo presente y nudosos levantad los linos.”

Las órdenes los hombres hacen e interrumpen su labor.

<sup>155</sup>Un valle había, de píceas y agudo ciprés denso,  
por nombre Gargafie, a la ceñida Diana consagrado,  
del cual en su extremo receso hay una caverna boscosa,  
por arte ninguna labrada: había imitado al arte  
con el ingenio la naturaleza suyo, pues, con pómez viva  
<sup>160</sup>y leves tobas, un nativo arco había trazado.

Un manantial suena a diestra, por su tenue onda perlúcido,  
y por una margen de grama estaba él en sus anchurosas aberturas ceñido.  
Aquí la diosa de las espesuras, de la caza cansada, solía  
sus virgíneos miembros con líquido rocío regar.

<sup>165</sup>El cual después que alcanzó, de sus ninfas entregó a una,  
la armera, su jabalina y su aljaba y sus arcos destensados.  
Otra ofreció al depuesto manto sus brazos.

Las ligaduras dos de sus pies quitan; pues más docta que ellas  
la isménide Crócale, esparcidos por el cuello sus cabellos,  
<sup>170</sup>los traba en un nudo, aunque los había ella sueltos.

Recogen licor Néfele y Híale y Ránide,  
y Psécade, y Fíale, y lo vierten en sus capaces urnas.

Y mientras allí se lava la Titania en su acostumbrada linfa,  
he aquí que el nieto de Cadmo, diferida parte de sus labores,  
<sup>175</sup>por un bosque desconocido con no certeros pasos errante,  
llega a esa floresta: así a él sus hados lo llevaban.

El cual, una vez entró, rorantes de sus manantiales, en esas cavernas,  
como ellas estaban, desnudas sus pechos las ninfas se golpearon  
al verle un hombre, y con súbitos aullidos todo

<sup>180</sup>llenaron el bosque, y a su alrededor derramadas a Diana  
con los cuerpos cubrieron suyos; aun así, más alta que ellas  
la propia diosa es, y hasta el cuello sobresale a todas.

El color que, teñidas del contrario sol por el golpe,  
el de las nubes ser suele, o de la purpúrea aurora,  
<sup>185</sup>tal fue en el rostro, vista sin vestido, de Diana.

La cual, aunque de las compañeras por la multitud rodeada suyas,  
a un lado oblicuo aun así se estuvo y su cara atrás  
dobló y, aunque quisiera prontas haber tenido sus saetas,  
las que tuvo, así cogió aguas y el rostro viril

<sup>190</sup>regó con ellas, y asperjando sus cabellos con vengadoras ondas,  
añadió estas, del desastre futuro prenunciadoras, palabras:

“Ahora para ti, que me has visto dejado mi atuendo, que narres  
–si pudieras narrar– lícito es.” Y sin más amenazar,

da a su asperjada cabeza del vivaz ciervo los cuernos,  
<sup>195</sup>da espacio a su cuello y lo alto aguza de sus orejas,  
 y con pies sus manos, con largas patas muta  
 sus brazos, y vela de maculado vellón su cuerpo;  
 añadido también el pavor le fue. Huye de Autónoe el héroe,  
 y de sí, tan raudo, en la carrera se sorprende misma.  
<sup>200</sup>Pero cuando sus rasgos y sus cuernos vio en la onda:  
 "Triste de mí", a decir iba: voz ninguna le siguió.  
 Gimió hondo: su voz aquélla fue, y lágrimas por una cara  
 no suya fluyeron; su mente solamente prístina permaneció.  
 ¿Qué haría? ¿Volvería, pues, a su casa y a sus reales techos,  
<sup>205</sup>o se escondería en los bosques? El temor esto, el pudor le impide aquello.  
 Mientras duda, lo vieron los canes, y el primero Melampo  
 e Icnóbates el sagaz con su ladrido señales dieron:  
 gnosio Icnóbates, de la espartana gente Melampo.  
 Después se lanzan los otros, que la arrebatadora brisa más rápido,  
<sup>210</sup>Pánfago y Dorceo y Oríbaso, árcades todos,  
 y Nebrófono el vigoroso y el atroz, con Lélape, Terón,  
 y por sus pies Ptérelas, y por sus narices útil Agre,  
 e Hileo el feroz, recién golpeado por un jabalí,  
 y de un lobo concebida Nape, y de ganados perseguidora  
<sup>215</sup>Pémenis, y de sus nacidos escoltada Harpía dos,  
 y atados llevando sus ijares el sicionio Ladón,  
 y Dromas y Cánaque y Esticte y Tigre y Alce,  
 y de níveos Leucón, y de vellos Ásbolo negros,  
 y el muy vigoroso Lacón, y en la carrera fuerte Aelo,  
<sup>220</sup>y Too y veloz, con su chipriota hermano, Licisca,  
 y en su negra frente distinguido en su mitad con un blanco,  
 Hárpalo, y Melaneo, e hirsuta de cuerpo Lacne,  
 y de padre dicteo pero de madre lacónide nacidos  
 Labro y Agriodunte, y de aguda voz Hiláctor,  
<sup>225</sup>y cuantos referir largo es: esa multitud, con deseo de presa,  
 por acantilados y peñas y de acceso carentes rocas,  
 y por donde quiera que es difícil, o por donde no hay ruta alguna, le persiguen.  
 Él huye por los lugares que él había muchas veces perseguido,  
 ay, de los servidores huye él suyos. Gritar ansiaba:  
<sup>230</sup>"¡Acteón yo soy, al dueño conoced vuestro!"  
 Palabras a su ánimo faltan: resuena de ladridos el éter.  
 Las primeras heridas Melanquetes en su espalda hizo,  
 las próximas Teródamas, Oresítropo prendióse en su antebrazo:

más tarde había salido, pero por los atajos del monte  
<sup>235</sup>anticipada la ruta fue; a ellos, que a su dueño retenían,  
la restante multitud se une y acumula en su cuerpo sus dientes.  
Ya lugares para las heridas faltan; gime él, y un sonido,  
aunque no de un hombre, cual no, aun así, emitir pueda  
un ciervo, tiene, y de afligidas quejas llena los cerros conocidos,  
<sup>240</sup>y con las rodillas inclinadas, suplicante, semejante al que ruega,  
alrededor lleva, tácito, como brazos, su rostro.  
Mas sus compañeros la rabiosa columna con sus acostumbrados apremios,  
ignorantes, instigan, y con los ojos a Acteón buscan,  
y, como ausente, a porfía a Acteón llaman  
<sup>245</sup>—a su nombre la cabeza él vuelve— y de que no esté se quejan  
y de que no coja, perezoso, el espectáculo de la ofrecida presa.  
Querría no estar, ciertamente, pero está, y querría ver,  
no también sentir, de los perros suyos los fieros hechos.  
Por todos lados le rodean, y hundidos en su cuerpo los hocicos  
<sup>250</sup>despedazan a su dueño bajo la imagen de un falso ciervo,  
y no, sino terminada por las muchas heridas su vida,  
la ira se cuenta saciada, ceñida de aljaba, de Diana.

### **Júpiter, Sémele y Baco**

El rumor en ambiguo está: a algunos más violenta de lo justo  
les pareció la diosa, otros la alaban y digna de su severa  
<sup>255</sup>virginidad la llaman; las partes encuentran cada una sus causas.  
Sola de Júpiter la esposa no tanto de si lo culpa o lo aprueba  
diserta, cuanto del desastre de la casa nacida de Agenor  
se goza, y, de su tiria rival recabado, transfiere  
de su stirpe a los socios su odio: sobreviene, he aquí, que a la previa,  
<sup>260</sup>una causa reciente, y se duele de que grávida de la simiente del del gran  
Júpiter esté Sémele. Entonces su lengua en disputas desata:  
“¿He conseguido qué, pues, tantas veces con las disputas?”, dijo.  
“A ella misma de buscar yo he; a ella, si máxima Juno  
ritualmente me llamo, la perderé, si a mí con mi diestra, de gemas guarnecidos,  
<sup>265</sup>los cetros sostener me honra, si soy reina, y de Júpiter  
la hermana y la esposa —cierto la hermana—. Mas, pienso yo, ‘con el hurto se ha  
contentado ella, y del tálamo breve es la injuria nuestro’:  
ha concebido, esto faltaba, y manifiestos los crímenes lleva  
en su útero pleno, y madre, lo que apenas a mí me ha tocado, del único  
<sup>270</sup>Júpiter quiere hacerse: tanta es su confianza en su hermosura.  
Que la engañe a ella haré, y no soy Saturnia, si no,

por el Júpiter suyo sumergida, penetra en las estigias ondas.”

Se levanta tras esto de su solio y en una fulva nube recóndita  
al umbral acude de Sémele y no las nubes antes eliminó  
<sup>275</sup>de simularse una vieja y de ponerse a las sienes canas  
y surcarse la piel de arrugas y curvados con tembloroso  
paso sus miembros llevar; su voz también la hizo de vieja,  
y la propia era Béroe, de Sémele la epidauria nodriza.  
Así pues, cuando buscada conversación y mucho tiempo hablando  
<sup>280</sup>al nombre vinieron de Júpiter, suspira y: “Pido  
Júpiter que sea”, dice, “temo, aun así, todo: muchos  
en nombre de los divinos en tálamos entraron pudorosos.  
Y no, aun así, que sea Júpiter bastante es; dé una prenda de su amor,  
si sólo el verdadero éste es, y tan grande y cual por la alta  
<sup>285</sup>Juno es recibido, tan grande y tal, pedirásle,  
te dé a ti sus abrazos, y sus insignias antes coja.”

Con tales palabras a la ignorante Cadmeida Juno  
había formado: le ruega ella a Júpiter, sin nombre, un regalo.  
A la cual el dios: “Elige”, le dice, “ningún rechazo sufrirás,  
<sup>290</sup>y para que más lo creas, del estigio torrente también cómplices  
han de ser los númenes: el temor y el dios él de los dioses es.”  
Alegre con su mal y demasiado pudiendo y próxima a morir de su amante  
por la complacencia, Sémele: “Cual la Saturnia”, dijo,  
“te suele abrazar, de Venus cuando al pacto entráis,  
<sup>295</sup>date a mí tal.” Quiso el dios la boca de quien hablaba  
tapar: había salido ya su voz apresurada bajo las auras.  
Gimió hondo, y puesto que ni ella no haber deseado, ni él  
no haber jurado puede, así pues, afligidísimo, al alto  
éter ascendió y con su rostro obedientes a las nubes  
<sup>300</sup>arrastró, a las que borrascas, y mezclados relámpagos con vientos  
añadió y truenos y el inevitable rayo.  
Con todo, hasta donde puede, fuerzas a sí quitarse intenta  
y no con el fuego que al centímano había derribado, a Tifeo,  
ahora ármase con ése: demasiada fiereza en él hay.  
<sup>305</sup>Hay otro más leve rayo, al que la diestra de los Cíclopes  
de violencia y de llama menos, menos añadió de ira:  
armas segundas los llaman los altísimos; los empuña a ellos y en la casa  
entra Agenórea. El cuerpo mortal los tumultos  
no soportó etéreos, y con los dones conyugales ardió.  
<sup>310</sup>Inacabado todavía el pequeño, del vientre de su genetriz  
es arrebatado y, tierno, si de creer digno es, cóselo dentro

de su paterno muslo y los maternos tiempos completa.  
Furtivamente a él en sus primeras cunas Ino, su tía materna,  
lo cría, después, dado a ellas, las ninfas Niseidas en las cavernas  
<sup>315</sup>lo ocultaron suyas y de leche alimentos le dieron.

### **Tiresias**

Y mientras estas cosas por las tierras, según fatal ley, pasan,  
y seguros del dos veces nacido están los paños de cuña, de Baco,  
por azar que Júpiter, recuerdan, disipado él por el néctar, sus cuidados  
había apartado graves, y con la desocupada Juno agitaba  
<sup>320</sup>remisos juegos, y: “Mayor el vuestro en efecto es,  
que el que toca a los varones”, dijo, “el placer.”  
Ella lo niega; les pareció bien cuál fuera la sentencia preguntar  
del docto Tiresias: Venus para él era, una y otra, conocida,  
pues de unas grandes serpientes, uniéndose en la verde  
<sup>325</sup>espesura, sus dos cuerpos a golpe de su báculo había violentado,  
y, de varón, cosa admirable, hecho hembra, siete  
otoños pasó; al octavo de nuevo las mismas  
vio y: “Es si tanta la potencia de vuestra llaga”,  
dijo, “que de su autor la suerte en lo contrario mude:  
<sup>330</sup>ahora también os heriré.” Golpeadas las culebras mismas,  
su forma anterior regresa y nativa vuelve su imagen.  
El árbitro este, pues, tomado sobre la lid jocosa,  
las palabras de Júpiter afirma; más gravemente la Saturnia de lo justo,  
y no en razón de la materia, cuéntase que se dolió,  
<sup>335</sup>y de su juez con una eterna noche dañó las luces.  
Mas el padre omnipotente –puesto que no es lícito vanos a ningún  
dios los hechos hacer de un dios–, por la luz arrebatada,  
saber el futuro le dio y un castigo alivió con un honor.

### **Narciso y Eco**

Él, por las aonias ciudades, por su fama celebradísimo,  
<sup>340</sup>irreprochables daba al pueblo que las pedía sus respuestas.  
La primera, de su voz, por su cumplimiento ratificada, hizo la comprobación  
la azul Liríope, a la que un día en su corriente curva  
estrechó, y encerrada el Cefiso en sus ondas  
fuerza le hizo. Expulsó de su útero pleno bellísima  
<sup>345</sup>un pequeño la ninfa, ya entonces que podría ser amado,  
y Narciso lo llama, del cual consultado si habría  
los tiempos largos de ver de una madura senectud,

el fatídico vate: “Si a sí no se conociera”, dijo.

Vana largo tiempo parecióle la voz del augur: el resultado a ella,

<sup>350</sup>y la realidad, la hace buena, y de su muerte el género, y la novedad de su furor.

Pues a su tercer quinquenio un año el Cefisio

había añadido y pudiera un muchacho como un joven parecer.

Muchos jóvenes a él, muchas muchachas lo desearon.

Pero –hubo en su tierna hermosura tan dura soberbia–

<sup>355</sup>ninguno a él, de los jóvenes, ninguna lo conmovió, de las muchachas.

Lo contempla a él, cuando temblorosos azuzaba a las redes a unos ciervos,

la vocal nifa, la que ni a callar ante quien habla,

ni primero ella a hablar había aprendido, la resonante Eco.

Un cuerpo todavía Eco, no voz era, y aun así, un uso,

<sup>360</sup>gárrula, no distinto de su boca que ahora tiene tenía:

que devolver, de las muchas, las palabras postreras pudiese.

Había hecho esto Juno, porque, cuando sorpender pudiese

bajo el Júpiter suyo muchas veces a ninfas en el monte yaciendo,

ella a la diosa, prudente, con un largo discurso retenía

<sup>365</sup>mientras huyeran las ninfas. Después de que esto la Saturnia sintió:

“De esa”, dice, “lengua, por la que he sido burlada, una potestad  
pequeña a ti se te dará y de la voz brevísimo uso.”

Y con la realidad las amenazas confirma; aun así ella, en el final del hablar,  
gemina las voces y las oídas palabras reporta.

<sup>370</sup>Así pues, cuando a Narciso, que por desviados campos vagaba,

vio y se encendió, sigue sus huellas furtivamente,

y mientras más le sigue, con una llama más cercana se enciende,

no de otro modo que cuando, untados en lo alto de las teas,

a ellos acercadas, arrebatan los vivaces azufres las llamas.

<sup>375</sup>Oh cuántas veces quiso con blandas palabras acercársele

y dirigirle tiernas súplicas. Su naturaleza en contra pugna,

y no permite que empiece; pero, lo que permite, ella dispuesta está

a esperar sonidos a los que sus palabras remita.

Por azar el muchacho, del grupo fiel de sus compañeros apartado

<sup>380</sup>había dicho: “¿Alguien hay?”, y “hay”, había respondido Eco.

Él quédase suspendido y cuando su penetrante vista a todas partes dirige,

con voz grande: “Ven”, clama; llama ella a aquel que llama.

Vuelve la vista y, de nuevo, nadie al venir: “¿Por qué”, dice,

“me huyes?”, y tantas, cuantas dijo, palabras recibe.

<sup>385</sup>Persiste y, engañado de la alterna voz por la imagen:

“Aquí unámonos”, dice, y ella, que con más gusto nunca

respondería a ningún sonido: “Unámonos”, respondió Eco,

y las palabras secunda ella suyas, y saliendo del bosque  
caminaba para echar sus brazos al esperado cuello.  
Él huye, y al huir: “¡Tus manos de mis abrazos quita!  
Antes”, dice, “pereceré, de que tú dispongas de nos.”  
Repite ella nada sino: “tú dispongas de nos.”  
Despreciada se esconde en las espesuras, y pudibunda con frondas su cara  
protege, y solas desde aquello vive en las cavernas.

<sup>395</sup>Pero, aun así, prendido tiene el amor, y crece por el dolor del rechazo,  
y atenúan, vigilantes, su cuerpo desgraciado las ansias,  
y contrae su piel la delgadez y al aire el jugo  
todo de su cuerpo se marcha; voz tan solo y huesos restan:  
la voz queda, los huesos cuentan que de la piedra cogieron la figura.

<sup>400</sup>Desde entonces se esconde en las espesuras y por nadie en el monte es vista,  
por todos oída es: el sonido es el que vive en ella.

Así a ésta, así a las otras, ninfas en las ondas o en los montes  
originadas, había burlado él, así las uniones antes masculinas.

De ahí las manos uno, desdeñado, al éter levantando:

<sup>405</sup>“Que así aunque ame él, así no posea lo que ha amado.”

Había dicho. Asintió a esas súplicas la Ramnusia, justas.

Un manantial había impoluto, de nítidas ondas argénteo,  
que ni los pastores ni sus cabritas pastadas en el monte  
habían tocado, u otro ganado, que ningún ave

<sup>410</sup>ni fiera había turbado ni caída de su árbol una rama;  
grama había alrededor, a la que el próximo humor alimentaba,  
y una espesura que no había de tolerar que este lugar se templara por sol alguno.

Aquí el muchacho, del esfuerzo de cazar cansado y del calor,  
se postró, por la belleza del lugar y por el manantial llevado,

<sup>415</sup>y mientras su sed sedar desea, sed otra le creció,  
y mientras bebe, al verla, arrebatado por la imagen de su hermosura,  
una esperanza sin cuerpo ama: cuerpo cree ser lo que onda es.

Quédase suspendido él de sí mismo y, inmóvil con el rostro mismo,  
queda prendido, como de pario mármol formada una estatua.

<sup>420</sup>Contempla, en el suelo echado, una geminada –sus luces– estrella,  
y dignos de Baco, dignos también de Apolo unos cabellos,  
y unas impúberas mejillas, y el marfileño cuello, y el decor  
de la boca y en el níveo candor mezclado un rubor,  
y todas las cosas admira por las que es admirable él.

<sup>425</sup>A sí se desea, imprudente, y el que aprueba, él mismo apruébase,  
y mientras busca búscase, y al par enciende y arde.  
Cuántas veces, inútiles, dio besos al falaz manantial.



En mitad de ellas visto, cuántas veces sus brazos que coger intentaban  
su cuello sumergió en las aguas, y no se atrapó en ellas.

<sup>430</sup>Qué vea no sabe, pero lo que ve, se abrasa en ello,  
y a sus ojos el mismo error que los engaña los incita.  
Crédulo, ¿por qué en vano unas apariencias fugaces coger intentas?  
Lo que buscas está en ninguna parte, lo que amas, vuélvete: lo pierdes.  
Ésa que ves, de una reverberada imagen la sombra es:  
<sup>435</sup>nada tiene ella de sí. Contigo llega y se queda,  
contigo se retirará, si tú retirarte puedes.  
No a él de Ceres, no a él cuidado de descanso  
abstraerlo de ahí puede, sino que en la opaca hierba derramado  
contempla con no colmada luz la mendaz forma  
<sup>440</sup>y por los ojos muere él suyos, y un poco alzándose,  
a las circunstantes espesuras tendiendo sus brazos:  
“¿Es que alguien, *io* espesuras, más cruelmente”, dijo, “ha amado?  
Pues lo sabéis, y para muchos guaridas oportunas fuisteis.  
¿Es que a alguien, cuando de la vida vuestra tantos siglos pasan,  
<sup>445</sup>que así se consumiera, recordáis, en el largo tiempo?  
Me place, y lo veo, pero lo que veo y me place,  
no, aun así, hallo: tan gran error tiene al amante.  
Y por que más yo duela, no a nosotros un mar separa ingente,  
ni una ruta, ni montañas, ni murallas de cerradas puertas.  
<sup>450</sup>Exigua nos prohíbe un agua. Desea él tenido ser,  
pues cuantas veces, fluentes, hemos acercado besos a las linfas,  
él tantas veces hacia mí, vuelta hacia arriba, se afana con su boca.  
Que puede tocarse creerías: mínimo es lo que a los amantes obsta.  
Quien quiera que eres, aquí sal, ¿por qué, muchacho único, me engañas,  
<sup>455</sup>o a dónde, buscado, marchas? Ciertamente ni una figura ni una edad  
es la mía de la que huyas, y me amaron a mí también ninfas.  
Una esperanza no sé cuál con rostro prometes amigo,  
y cuando yo he acercado a ti los brazos, los acercas de grado,  
cuando he reído sonrías; lágrimas también a menudo he notado  
<sup>460</sup>yo al llorar tuyas; asintiendo también señas remites  
y, cuanto por el movimiento de tu hermosa boca sospecho,  
palabras contestas que a los oídos no llegan nuestros...  
Éste yo soy. Lo he sentido, y no me engaña a mí imagen mía:  
me abraso en amor de mí, llamas nuevo y llamas llevo.  
<sup>465</sup>¿Qué he de hacer? ¿Sea yo rogado o ruegue? ¿Qué desde ahora rogaré?  
Lo que deseo conmigo está: pobre a mí mi provisión me hace.  
Oh, ojalá de nuestro cuerpo separarme yo pudiera,

voto en un amante nuevo: quisiera que lo que amamos estuviera ausente...  
Y ya el dolor de fuerzas me priva y no tiempos a la vida  
<sup>470</sup>mía largos restan, y en lo primero me extingo de mi tiempo,  
y no para mí la muerte grave es, que he de dejar con la muerte los dolores.  
Éste, el que es querido, quisiera más duradero fuese.  
Ahora dos, concordés, en un aliento moriremos solo.”  
Dijo, y al rostro mismo regresó, mal sano,  
<sup>475</sup>y con lágrimas turbó las aguas, y oscura, movido  
el lago, le devolvió su figura, la cual como viese marcharse:  
“¿A dónde rehúyes? Quédate y no a mí, cruel, tu amante,  
me abandona”, clamó. “Pueda yo, lo que tocar no es,  
contemplar, y a mi desgraciado furor dar alimento.”  
<sup>480</sup>Y mientras se duele, la ropa se sacó arriba desde la orilla  
y con marmóreas palmas se sacudió su desnudo pecho.  
Su pecho sacó, sacudido, de rosa un rubor,  
no de otro modo que las frutas suelen, que, cándidas en parte,  
en parte rojean, o como suele la uva en los varios racimos  
<sup>485</sup>llevar purpúreo, todavía no madura, un color.  
Lo cual una vez contempló, transparente de nuevo, en la onda,  
no lo soportó más allá, sino como consumirse, flavas,  
con un fuego leve las ceras, y las matutinas escarchas,  
el sol al templarlas, suelen, así, atenuado por el amor,  
<sup>490</sup>se diluye y poco a poco cárpese por su tapado fuego,  
y ni ya su color es el de, mezclado al rubor, candor,  
ni su vigor y sus fuerzas, y lo que ahora poco visto complacía,  
ni tampoco su cuerpo queda, un día el que amara Eco.  
La cual, aun así, cuando lo vio, aunque airada y memoriosa,  
<sup>495</sup>hondo se dolió, y cuantas veces el muchacho desgraciado: “*Ahay*”,  
había dicho, ella con resonantes voces iteraba, “*ahay*.”  
Y cuando con las manos se había sacudido él los brazos suyos,  
ella también devolvía ese sonido, de golpe de duelo, mismo.  
La última voz fue ésta del que se contemplaba en la acostumbrada onda:  
<sup>500</sup>“Ay, en vano querido muchacho”, y tantas otras palabras  
remitió el lugar, y díchose adiós, “adiós” dice también Eco.  
Él su cabeza cansada en la verde hierba abajó,  
sus luces la muerte cerró, que admiraban de su dueño la figura.  
Entonces también, a sí, después que fue en la inferna sede recibido,  
<sup>505</sup>en la estigia agua se contemplaba. En duelo se golpearon sus hermanas  
las Náyades, y a su hermano depositaron sus cortados cabellos,  
en duelo se golpearon las Dríades: sus golpes asuena Eco.

Y ya la pira y las agitadas antorchas y el féretro preparaban:  
en ninguna parte el cuerpo estaba; zafranada, en vez de cuerpo, una flor  
<sup>510</sup>encuentran, a la que hojas en su mitad ceñían blancas.

### **Penteo y Baco (I)**

Conocida la cosa, una merecida fama al adivino por las acaidas  
ciudades aportó, y el nombre era del augur ingente;  
le desdeñó el Equiónida, aun así, a él, de todos el único,  
despreciador de los altísimos, Penteo, y de las présagas palabras  
<sup>515</sup>se ríe del viejo y sus tinieblas y la calamidad de su luz arrancada  
le imputa. Él, moviendo sus blanqueantes sienas de canas:  
“Qué feliz serías si tú también de la luz esta  
huérfano”, dice, “quedaras, y los báquicos sacrificios no vieras.  
Pues un día llegaré, que no lejos auguro que está,  
<sup>520</sup>en el que nuevo aquí venga, prole de Sémele, Líber,  
al cual, si no de sus templos hubieres dignado con el honor,  
por mil lugares destrozado te esparcirás y de sangre las espesuras  
mancharás, y a la madre tuya, y de tu madre a las hermanas.  
Ocurrirá, puesto que no dignarás al numen con su honor,  
<sup>525</sup>y de que yo, en estas tinieblas, demasiado he visto te quejarás.”  
Al que tal decía empuja de Equión el nacido;  
a sus palabras la confirmación sigue, y las respuestas del adivino suceden.

Líber llega, y con festivos alaridos rugen los campos:  
la multitud se lanza y, mezcladas con los hombres madres y nueras,  
<sup>530</sup>pueblo y próceres a los desconocidos sacrificios vanse.  
“¿Qué furor, hijos de la serpiente, prole de Mavorte, las mentes  
ha suspendido vuestras?”, Penteo dice; “¿los bronces tanto,  
con bronces percutidos, pueden, y de combado cuerno la tibia  
y los mágicos engaños, que a quienes no la bélica espada,  
<sup>535</sup>no la tuba aterrara, no de empuñadas armas las columnas,  
voces femeninas y movida una insania del vino  
y obscenos rebaños e inanes tímpanos venzan?  
¿A vosotros, ancianos, he de admirar, quienes, por largas superficies viajando  
en esta sede vuestra Tiro, en ésta vuestros prófugos penates pusisteis,  
<sup>540</sup>ahora permitís que sin Marte se os cautive? ¿O a vosotros, más áspera edad,  
oh, jóvenes, y más cercana a la mía, a los que armas sostener,  
no tirsos, y de gálea cubriros, no de fronda, decoroso era?  
Tened, os ruego, presente, de qué estirpe fuisteis creados  
y ánimos cobrad de aquella, que a muchos perdió ella sola,  
<sup>545</sup>la serpiente. Por sus manantiales ella y su lago

pereció: mas vosotros por la fama venced vuestra.  
Ella dio a la muerte a valientes; vosotros rechazad a unos débiles  
y el honor retened patrio. Si los hados vedaban  
que se alce largo tiempo Tebas, ojalá que máquinas y hombres  
<sup>550</sup>sus murallas derruyeran, y hierro y fuego sonaran.  
Seríamos desgraciados sin crimen y nuestra suerte de lamentar,  
no de esconder habríamos, y nuestras lágrimas de pudor carecerían;  
mas ahora Tebas es cautivada por un muchacho inerme,  
al que ni las guerras agradan ni las armas ni el uso de caballos,  
<sup>555</sup>sino empapado de mirra el pelo y las muelles coronas  
y la púrpura y entretejido en las pintas ropas el oro,  
al cual, ciertamente, yo ahora mismo –vosotros sólo apartaos– obligaré  
a que supuesto a su padre, e inventados sus sacrificios, confiese.  
¿Es que bastante valor Acrisio tiene para desdeñar el vano  
<sup>560</sup>numen, y las argólicas puertas, al venir, cerrarle,  
y a Penteo aterrorizará, con toda Tebas, ese extranjero?  
Id rápidos –a sus sirvientes esto impera–, id y a su jefe  
atraed aquí atado. De mis órdenes la demora lenta se aparte.”

A él su abuelo, a él Atamante, a él la restante multitud de los suyos  
<sup>565</sup>lo corren con sus razones y en vano por contenerlo se esfuerzan;  
más áspera con la advertencia es, y se excita retenida  
y crece su rabia, y las moderaciones mismas perjudiciales eran:  
así yo al torrente, por donde nada se le oponía al él pasar,  
más dulcemente y con módico estrépito bajar he visto;  
<sup>570</sup>mas, por donde quiera que un tronco o en contra erigidas rocas lo sujetaban,  
espúmeo e hirviente y por el impedimento más salvaje iba.

He aquí que cruentos vuelven y, Baco dónde estuviera,  
a su señor, que preguntaba, que a Baco habían visto negaron.  
“A éste”, dijeron, “aun así, su compañero y servidor de sus sacrificios  
<sup>575</sup>capturamos”, y entregan, las manos tras la espalda atadas,  
los sacrificios del dios a uno, del tirreno pueblo, que había seguido.

Lo contempla a él Penteo, con ojos que la ira estremecedores  
hiciera, y aunque de los castigos apenas los tiempos difiere:  
“Oh, quien has de morir y que con la muerte tuya has de dar enseñanza a otros”,  
<sup>580</sup>dice, “revela tu nombre y el nombre de tus padres  
y tu patria, y, de costumbre nueva, por qué estos sacrificios frecuentes.”

### **Los navegantes tirrenos**

Él, de miedo vacío: “El nombre mío”, dijo, “Acetes,  
mi patria Meonia es, de la humilde plebe mis padres.

No a mí, que duros novillos cultivaran, mi padre campos,  
<sup>585</sup>o lanadas greyes, no manadas algunas me dejó;  
 pobre también él fue y con lino solía y anzuelos  
 engañar, y con cálamo coger, saltarines peces.  
 Esta arte suya su hacienda era; al transmitirme su arte:  
 “Recibe, las que tengo, de mi esfuerzo sucesor y heredero”,  
<sup>590</sup>dijo, “estas riquezas”, y al morir a mí nada él me dejó  
 salvo aguas: sólo esto puedo denominar paterno.  
 Pronto yo, para no en las peñas quedarme siempre mismas,  
 aprendí además el gobernalle de la quilla, por mi diestra moderado,  
 a guiar, y de la Cabra Olenia la estrella pluvial,  
<sup>595</sup>y Taígete y las Híadas y en mis ojos la Ursa anoté,  
 y de los vientos las casas, y los puertos para las popas aptos.  
 Por azar yendo a Delos, de la quía tierra a las orillas  
 me acoplo, y me acerco a los litorales con diestros remos,  
 y doy unos leves saltos y me meto en la húmeda arena:  
<sup>600</sup>la noche cuando consumida fue –la Aurora a rojecer a lo primero  
 empezaba–, me levanto, y linfas que traigan recientes  
 encomiendo, y les muestro la ruta que lleve a esas ondas;  
 yo, qué el aura a mí prometa, desde un túmulo alto  
 exploro, y a los compañeros llamo y regreso a la quilla.  
<sup>605</sup>“Aquí estamos”, dice de los socios el primero, Ofeltes,  
 y, según cree que botín en el desierto campo hallado ha,  
 de virgínea hermosura a un muchacho conduce por los litorales.  
 Él, de vino puro y sueño pesado, titubar parece,  
 y apenas seguirle; miro su ornato, su faz y su paso:  
<sup>610</sup>nada allí que creerse pudiera mortal veía.  
 Lo sentí y lo dije a mis socios: “Qué numen en este  
 cuerpo hay, dudo; pero en el cuerpo este una divinidad hay.  
 Quien quiera que eres, oh, sénos propicio, y nuestros afanes asiste;  
 a estos también des tu venia.” “Por nosotros deja de suplicar”,  
<sup>615</sup>Dictis dice, que él no otro en ascender a lo alto  
 de las entenas más raudo, y estrechando la escota descender;  
 esto Libis, esto el flavo, de la proa tutela, Melanto,  
 esto aprueba Alcimedonte y quien descanso y ritmo  
 con su voz daba a los remos, de los ánimos estímulo, Epopeo,  
<sup>620</sup>esto todos los otros: de botín tan ciego el deseo es.  
 “No, aun así, que este pino se viole con su sagrado peso  
 toleraré”, dije; “la parte mía aquí la mayor es del derecho”,  
 y en la entrada me opongo a ellos. Se enfurece el más audaz de todo

el grupo, Licabas, que expulsado de su toscana ciudad,  
<sup>625</sup>exilio como castigo por un siniestro asesinato cumplía.  
 Él a mí, mientras resisto, con su juvenil puño la garganta  
 me rompió, y golpeado me habría mandado a las superficies si no  
 me hubiera yo quedado, aunque amente, en una cuerda retenido.  
 La impía multitud aprueba el hecho; entonces por fin Baco,  
<sup>630</sup>pues Baco fuera, cual si por el clamor disipado  
 sea el sopor, y del vino vuelvan a su pecho sus sentidos,  
 “¿Qué hacéis? ¿Cuál este clamor?”, dice. “Por qué medio, decid,  
 aquí he arribado? ¿A dónde a llevarme os disponéis?”  
 “Deja tu miedo”, Proreo, “y qué puertos alcanzar,  
<sup>635</sup>di, quieres”, dijo, “en la tierra pedida se te dejará.”  
 “A Naxos”, dice Líber, “los cursos volved vuestros.  
 Aquella la casa mía es, para vosotros será hospitalaria tierra.”  
 Por el mar, falaces, y por todos los númenes juran  
 que así sería, y a mí me ordenan a la pinta quilla dar velas.  
<sup>640</sup>Diestra Naxos estaba: por la diestra a mí, que linos daba:  
 “¿Qué haces, oh demente? ¿Qué furor hay en ti” dice, “Acetes?”  
 Por sí cada uno teme: “A la izquierda ve.” La mayor parte  
 con un gesto me indica, parte qué quiere en el oído me susurra.  
 Quedéme suspendido y: “Coja alguno los gobernalles”, dije,  
<sup>645</sup>y del ministerio de la impiedad y del de mi arte me privé.  
 Me increpan todos, y todo murmura el grupo,  
 de los cuales Etalión: “Así es que toda en ti solo  
 nuestra salvación depositada está”, dice, y sube y él mismo la obra  
 cumple mía y Naxos abandonada, marcha a lo opuesto.  
<sup>650</sup>Entonces el dios, burlándose, como si ahora al fin el engaño  
 sintiera, desde la popa combada el ponto explora,  
 y al que llora semejante: “No estos litorales, marineros”,  
 “a mí me prometisteis”, dice, “no esta tierra por mí rogada ha sido”  
 ¿Por qué hecho he merecido este castigo? ¿Cuál la gloria vuestra es,  
<sup>655</sup>si a un muchacho unos jóvenes, si muchos engañáis a uno?”  
 Hacía tiempo lloraba yo: de las lágrimas nuestras ese puñado impío  
 se ríe y empuja las superficies con apresurados remos.  
 Por él mismo a ti ahora –y no más presente que él  
 hay un dios– te juro, que tan verdaderas cosas yo a ti te refiero  
<sup>660</sup>como mayores que de la verdad la fe: se quedó quieta en la superficie la popa  
 no de otro modo que si su seco astillero la retuviera.  
 Ellos, asombrándose, de los remos en el golpe persisten  
 y las velas bajan, y con geminada ayuda correr intentan.

Impiden hiedras los remos y con su nexo recurvo  
<sup>665</sup>serpean y con grávidos corimbos separan las velas.  
 Él, de racimadas uvas su frente circundado,  
 agita su velada asta de pampíneas frondas;  
 del cual alrededor, tigres y apariencias inanes de linces,  
 y de pintas panteras yacen los fieros cuerpos.  
<sup>670</sup>Fuera saltaron los hombres, bien si esto la insania hizo  
 o si el temor, y el primero Medón a negrecer empezó  
 por el cuerpo y en una prominente curvatura de su espina a doblarse  
 empieza. A éste Licabas: “¿En qué portentos”, dijo,  
 “te tornas?”, y anchas las comisuras y encorvada del que hablaba  
<sup>675</sup>la nariz era y escama su piel endurecida sacaba.  
 Mas Libis, que se resistían, mientras quiere revolver los remos,  
 a un espacio breve atrás saltar sus manos vio, y que ellas  
 ya no eran manos, que ya aletas podían llamarse.  
 Otro, a las enroscadas cuerdas deseando echar los brazos,  
<sup>680</sup>brazos no tenía y, recorvado, con un trunco cuerpo  
 a las olas saltó: falcada en lo postrero su cola es,  
 cuales de la demediada luna se curvan los cuernos.  
 Por todos lados dan saltos y con su mucha aspersion todo rocían  
 y emergen otra vez y regresan bajo las superficies de nuevo  
<sup>685</sup>y de un coro en la apariencia juegan y retozones lanzan  
 sus cuerpos y el recibido mar por sus anchas narinas exhalan.  
 De hace poco veinte –pues tantos la balsa aquella llevaba–  
 quedaba solo yo: pávido y helado, temblándome  
 el cuerpo, y apenas en mí, me afirma el dios, “Sacude”, diciendo,  
<sup>690</sup>“de tu corazón el miedo y Día alcanza.” Arribado a ella  
 accedí a sus sacrificios y los báqueos sacrificios frecuente.”

### **Penteo y Baco (II)**

“Hemos prestado a tus largos”, Penteo, “rodeos oídos”  
 dice, “para que mi ira con la demora fuerzas soltar pudiera.  
 De cabeza, servidores, llevaos a éste, y tras ser torturados con siniestros  
<sup>695</sup>tormentos sus miembros, bajadlos a estigia noche.”  
 En seguida, arrastrado el tirreno Acetes, en sólidos  
 techos es encerrado; y mientras los crueles instrumentos  
 de la ordenada muerte y hierro y fuegos se preparan,  
 por sí mismas se abrieron las puertas y deslizáronse de sus brazos,  
<sup>700</sup>por sí mismas, fama es, sin que nadie las soltara, sus cadenas.  
 Persiste el Equiónida y no ya ordena ir, sino que él mismo

camina adonde, elegido para hacerse los sacrificios, el Citerón  
con cantos y clara de las bacantes la voz sonaba.

Como brama áspero el caballo cuando, bélico, con su bronce canoro,  
<sup>705</sup>señales dio el trompeta, y de la batalla cobra el amor,  
a Penteo así, herido por los largos aullidos, el éter  
conmueve, y oído el clamor de nuevo se encandeció su ira.

Del monte casi en la mitad hay, con espesuras los extremos ciñendo,  
puro de árboles, visible de todas partes, un llano:

<sup>710</sup>Aquí a él, que con ojos profanos contemplaba los sacrificios,  
la primera vio, la primera arrojóse con insana carrera,  
la primera al Penteo suyo violentó arrojándole su tirso  
su madre y: “Oh, gemelas hermanas”, clamó, “acudid.

Ese jabalí que en nuestros campos vaga, inmenso,  
<sup>715</sup>ese jabalí yo de herir he.” Se lanza toda contra uno solo  
la multitud enfurecida, todas se unen y tembloroso le persiguen,  
ya tembloroso, ya palabras menos violentas diciendo,  
ya a sí condenándose, ya que él había pecado confesando.

Herido él, aun así: “Préstame ayuda, tía”, dijo,

<sup>720</sup>“Autónoe. Muevan tus ánimos de Acteón las sombras.”

Ella qué Acteón no sabe y la diestra del que suplicaba  
arrancó, de Ino lacerada fue la otra por el rapto.

No tiene, infeliz, qué brazos a su madre tender,  
sino trucas mostrando las heridas de los arrebatados miembros:

<sup>725</sup>“Contéplame, madre”, dice. A aquello que vio aulló Ágave  
y su cuello agitó y movió por los aires su melena,  
y arrancándole la cabeza, a ella abrazada con dedos cruentos  
clama: “¡o, compañeras, esta obra la victoria nuestra es.”

No más rápido unas frondas, por el frío del otoño tocadas,

<sup>730</sup>y ya mal sujetas, las arrebatada de su alto árbol el viento,  
que fueron los miembros del hombre por manos nefandas despedazados.

Con tales ejemplos advertidas los nuevos sacrificios frecuentan  
e inciensos dan y honran las Isménides las santas aras.



## Libro cuarto

### Las hijas de Minias (I)

Mas no Alcítoe la Mineia estima que las orgias  
deban acogerse del dios, sino que todavía, temeraria, que Baco  
progenie sea de Júpiter niega y socias a sus hermanas  
de su impiedad tiene. La fiesta celebrar el sacerdote  
<sup>5</sup>—y, descargadas de los trabajos suyos, a las sirvientas y sus dueñas  
sus pechos con piel cubrirse, sus cintas para el pelo desatarse,  
guirnaldas en su melena, en sus manos poner frondosos tirsos—  
había ordenado, y que salvaje sería del dios ofendido la ira  
vaticinado había: obedecen madres y nueras  
<sup>10</sup>y sus telas y cestos y los no hechos pesos de hilo guardan,  
e inciensos dan, y a Baco llaman, y a Bromio, y a Lieo,  
y al hijo del fuego y al engendrado dos veces y al único bimadre;  
se añade a éstos Niseo, e intonsurado Tioneo  
y, con Leneo, el natal plantador de la uva  
<sup>15</sup>y Nictelio y padre Eleleo y Iaco y Euhan  
y cuantos además, numerosos, por los griegos pueblos  
nombres, Líber, tienes; pues tuya la inagotable juventud es,  
tú muchacho eterno, tú el más hermoso en el alto cielo  
contemplado eres; cuando sin cuernos estás, virgínea  
<sup>20</sup>la cabeza tuya es; el Oriente por ti fue vencido, hasta allí,  
donde la decolor India se ciñe del extremo Ganges.  
A Penteo tú, venerando, y a Licurgo, el de hacha de doble ala,  
sacrílegos, inmolas, y los cuerpos de los tirrenos mandas  
al mar, tú, insignes por sus pintos frenos, de tus biyugues  
<sup>25</sup>lince los cuellos oprimes. Las Bacas y los Sátiros te siguen,  
y el viejo que con la caña, ebrio, sus titubantes miembros  
sostiene, y no fuertemente se sujeta a su encorvado burrito.  
Por donde quiera que entras, un clamor juvenil y, a una,  
femeninas voces y tímpanos pulsados por palmas,  
<sup>30</sup>y cóncavos bronces suenan, y de largo taladro el boj.  
“Plácido y suave”, ruegan las Isménides, “vengas”,  
y los ordenados sacrificios honran; solas las Mineides, dentro,  
turbando las fiestas con intempestiva Minerva,  
o sacan lanas o las hebras con el pulgar viran  
<sup>35</sup>o prendidas están de la tela, y a sus sirvientas con labores urgen;

de las cuales una, haciendo bajar el hilo con su ligero pulgar:  
“Mientras cesan otras e inventados sacrificios frecuentan,  
nosotras también a quienes Palas, mejor diosa, detiene”, dice,  
“la útil obra de las manos con varia conversación aliviemos  
<sup>40</sup>y por turnos algo, que los tiempos largos parecer  
no permita, en medio contemos para nuestros vacíos oídos.”  
Lo dicho aprueban y la primera le mandan narrar sus hermanas.  
Ella qué, de entre muchas cosas, cuente –pues muchísimas conocía–  
considera, y en duda está de si de ti, babilonia, narrar,  
<sup>45</sup>Dércetis, quien los Palestinos creen que, tornada su figura,  
con escamas que cubrían sus miembros removi6 los pantanos,  
o más bien de cómo la hija de aqu6lla, asumiendo alas,  
sus extremos años en las altas torres pasara,  
o acaso cómo una náyade con su canto y sus demasiado poderosas hierbas  
<sup>50</sup>tornara unos juveniles cuerpos en t6citos peces  
hasta que lo mismo padeci6 ella, o, acaso, el que frutos blancos llevaba,  
cómo ahora negros los lleva por contacto de la sangre, ese árbol:  
esto elige; 6sta, puesto que una vulgar f6bula no es,  
de tales modos comenz6, mientras la lana sus hilos seguía:

### **Píramo y Tisbe**

<sup>55</sup>“Píramo y Tisbe, de los jóvenes el más bello el uno,  
la otra, de las que el Oriente tuvo, preferida entre las muchachas,  
contiguas tuvieron sus casas, donde se dice que  
con cerámicos muros ciñó Semíramis su alta ciudad.  
El conocimiento y los primeros pasos la vecindad los hizo,  
<sup>60</sup>con el tiempo creció el amor; y sus teas también, según derecho, se hubieran unido  
pero lo vetaron sus padres; lo que no pudieron vetar:  
por igual ardían, cautivas sus mentes, ambos.  
C6mplice alguno no hay; por gesto y señales hablan,  
y mientras más se tapa, tapado más bulle el fuego.  
<sup>65</sup>Hendida estaba por una tenue rendija, que ella había producido en otro tiempo,  
cuando se hacía, la pared común de una y otra casa.  
Tal defecto, por nadie a través de siglos largos notado  
–¿qué no siente el amor?–, los primeros lo visteis los amantes  
y de la voz lo hicisteis camino, y seguras por él  
<sup>70</sup>en murmullo mínimo vuestras ternuras atravesar solían.  
Muchas veces, cuando estaban apostados de aquí Tisbe, Píramo de allí,  
y por turnos fuera buscado el anhélito de la boca:  
“Envidiosa”, decían, “pared, ¿por qué a los amantes te opones?”

¿Cuánto era que permitieses que con todo el cuerpo nos uniéramos,  
<sup>75</sup>o esto si demasiado es, siquier que, para que besos nos diéramos, te abrieras?

Y no somos ingratos: que a ti nosotros debemos confesamos,  
el que dado fue el tránsito a nuestras palabras hasta los oídos amigos.

Tales cosas desde su opuesta sede en vano diciendo,  
al anochecer dijeron “adiós” y a la parte suya dieron  
<sup>80</sup>unos besos cada uno que no arribarían en contra.

La siguiente Aurora había retirado los nocturnos fuegos,  
y el sol las pruinosas hierbas con sus rayos había secado.  
Junto al acostumbrado lugar se unieron. Entonces con un murmullo pequeño,  
de muchas cosas antes quejándose, establecen que en la noche silente  
<sup>85</sup>burlar a los guardas y de sus puertas fuera salir intenten,  
y que cuando de la casa hayan salido, de la ciudad también los techos abandonen,  
y para que no hayan de vagar recorriendo un ancho campo,  
que se reúnan junto al crematorio de Nino y se escondan bajo la sombra  
del árbol: un árbol allí, fecundísimo de níveas frutas,  
<sup>90</sup>un arduo moral, había, colindante a una helada fontana.  
Los acuerdos aprueban; y la luz, que tarde les pareció marcharse,  
se precipita a las aguas, y de las aguas mismas sale la noche.

Astuta, por las tinieblas, girando el gozne, Tisbe  
sale y burla a los suyos y, cubierto su rostro,  
<sup>95</sup>llega al túmulo, y bajo el árbol dicho se sienta.  
Audaz la hacía el amor. He aquí que llega una leona,  
de la reciente matanza de unas reses manchadas sus espumantes comisuras,  
que iba a deshacerse de su sed en la onda del vecino hontanar;  
a ella, de lejos, a los rayos de la luna, la babilonia Tisbe  
<sup>100</sup>la ve, y con tímido pie huye a una oscura caverna  
y mientras huye, de su espalda resbalados, sus velos abandona.

Cuando la leona salvaje su sed con mucha onda contuvo,  
mientras vuelve a las espesuras, encontrados por azar sin ella misma,  
con su boca cruenta desgarró los tenues atuendos.

<sup>105</sup>Él, que más tarde había salido, huellas vio en el alto  
polvo ciertas de fiera y en todo su rostro palideció  
Príamo; pero cuando la prenda también, de sangre teñida,  
encontró: “Una misma noche a los dos”, dice, “amantes perderá,  
de quienes ella fue la más digna de una larga vida;

<sup>110</sup>mi vida dañina es. Yo, triste de ti, te he perdido,  
que a lugares llenos de miedo hice que de noche vinieras  
y no el primero aquí llegué. ¡Destrozad mi cuerpo  
y mis malditas entrañas devorad con fiero mordisco,

oh, cuantos leones habitáis bajo esta peña!

<sup>115</sup>Pero de un cobarde es pedir la muerte.” Los velos de Tisbe

recoge, y del pactado árbol a la sombra consigo los lleva,

y cuando dio lágrimas, dio besos a la conocida prenda:

“Recibe ahora” dice “ también de nuestra sangre el sorbo”,

y, del que estaba ceñido, se hundió en los costados su hierro,

<sup>120</sup>y sin demora, muriendo, de su hirviente herida lo sacó,

y quedó tendido de espalda al suelo: su crúor fulgura alto,

no de otro modo que cuando un caño de plomo defectuoso

se hiende, y por el tenue, estridente taladro, largas

aguas lanza y con sus golpes los aires rompe.

<sup>125</sup>Las crías del árbol, por la aspersión de la sangría, en negra

faz se tornan, y humedecida de sangre su raíz,

de un purpúreo color tiñe las colgantes moras.

He aquí que, su miedo aún no dejado, por no burlar a su amante,

ella vuelve, y al joven con sus ojos y ánimo busca,

<sup>130</sup>y por narrarle qué grandes peligros ha evitado está ansiosa;

y aunque el lugar reconoce, y en el visto árbol su forma,

igualmente la hace dudar del fruto el color: fija se queda en si él es.

Mientras duda, unos trémulos miembros ve palpar

en el cruento suelo y atrás su pie lleva, y una cara que el boj

<sup>135</sup>más pálida portando se estremece, de la superficie en el modo,

que tiembla cuando lo más alto de ella una exigua aura toca.

Pero después de que, demorada, los amores reconoció suyos,

sacude con sonoro golpe, indignos, sus brazos

y desgarrándose el cabello y abrazando el cuerpo amado

<sup>140</sup>sus heridas colmó de lágrimas, y con su llanto el crúor

mezcló, y en su helado rostro besos prendiendo:

“Píramo”, clamó, “¿qué azar a ti de mí te ha arrancado?”

Píramo, responde. La Tisbe tuya a ti, queridísimo,

te nombra; escucha, y tu rostro yacente levanta.”

<sup>145</sup>Al nombre de Tisbe sus ojos, ya por la muerte pesados,

Píramo irguió, y vista ella los volvió a velar.

La cual, después de que la prenda suya reconoció y vació

de su espada vio el marfil: “Tu propia a ti mano”, dice, “y el amor,

te ha perdido, desdichado. Hay también en mí, fuerte para solo

<sup>150</sup>esto, una mano, hay también amor: dará él para las heridas fuerzas.

Seguiré al extinguido, y de la muerte tuya tristísima se me dirá

causa y compañera, y quien de mí con la muerte sola

serme arrancado, ay, podías, habrás podido ni con la muerte serme arrancado.

Esto, aun así, con las palabras de ambos sed rogados,  
<sup>155</sup>oh, muy tristes padres mío y de él,  
que a los que un seguro amor, a los que la hora postrera unió,  
de depositarles en un túmulo mismo no os enojéis;  
mas tú, árbol que con tus ramas el lamentable cuerpo  
ahora cubres de uno solo –pronto has de cubrir de dos–,  
<sup>160</sup>las señales mantén de la sangría, y endrinas, y para los lutos aptas,  
siempre ten tus crías, testimonios del gemelo crúor”,  
dijo, y ajustada la punta bajo lo hondo de su pecho  
se postró sobre el hierro que todavía de la sangría estaba tibio.  
Sus votos, aun así, conmovieron a los dioses, conmovieron a los padres,  
<sup>165</sup>pues el color en el fruto es, cuando ya ha madurado, negro,  
y lo que a sus piras resta descansa en una sola urna.”

### **Los amores del Sol. Marte y Venus. Leucótoe. Clítie**

Había cesado, e intermedio hubo un breve tiempo, y empezó  
a hablar Leucótoe; su voz contuvieron las hermanas.  
“A éste también, que templa todas las cosas con su sidérea luz,  
<sup>170</sup>cautivó el amor, al Sol: del Sol contaremos los amores.  
El primero que el adulterio de Venus con Marte vio  
se cree este dios; ve este dios todas las cosas el primero.  
Hondo se dolió del hecho y al marido, descendencia de Juno,  
los hurtos de su lecho y del hurto el lugar mostró; mas a aquél,  
<sup>175</sup>su razón y la obra que su fabril diestra sostenía,  
se le cayeron: al punto gráciles de bronce unas cadenas,  
y redes y lazos que las luces burlar pudieran  
lima –no aquella obra vencerían las más tenues  
hebras, no la que cuelga de la más alta viga telaraña–  
<sup>180</sup>y que a los ligeros tactos pequeños movimientos obedezcan  
consigue, y el lecho circundando las coloca con arte.  
Cuando llegaron a este lecho, al mismo, su esposa y el adúltero,  
con el arte del marido y las ataduras preparadas de novedosa manera,  
en mitad de sus abrazos ambos sorprendidos quedan.  
<sup>185</sup>El Lemnio al punto sus puertas marfileñas abrió  
y admitió a los dioses; ellos yacían enlazados  
indecentemente, y algunos de entre los dioses no tristes desea  
así hacerse indecente... Los altísimos rieron y largo tiempo  
ésta fue conocidísima hablilla en todo el cielo.  
<sup>190</sup>“Lleva a cabo la Citereia, de la de delación, un castigo vengador,  
y, por turnos, a aquél que hirió sus escondidos amores

hiere con amor semejante. ¿De qué ahora, de Hiperión el nacido,  
tu hermosura y tu color a ti, y tus radiadas luces te sirven?  
Así es que tú, quien con tus fuegos todas las tierras abrasas,  
<sup>195</sup>abrásaste con un fuego nuevo, y quien todas las cosas divisar debes,  
a Leucótoe contemplas y clavas en una doncella sola,  
los que al cosmos debes, ojos: ya te levantas más tempranamente  
del auroral cielo, ya más tarde caes a las ondas,  
y por tu demora en contemplarla alargas las invernales horas;  
<sup>200</sup>desfalleces a las veces, y el mal de tu mente a tus luces  
pasa, y, oscuro, los mortales pechos aterras,  
y no porque a ti de la luna la imagen más cercana a las tierras  
se haya opuesto palideces: hace tal color el amor este.  
Quieres a ésta sola, y no a ti Clímene, y Rodas,  
<sup>205</sup>ni te retiene la genetriz, bellísima, de la Eea Circe,  
y la que tus concúbitos, Clitie, aunque despreciada  
buscaba, y que en el mismo tiempo aquel una grave herida  
tenía: Leucótoe, de muchas, los olvidos hizo,  
a la cual, del pueblo aromático, en parto dio a luz,  
<sup>210</sup>hermosísima, Eurínome; pero después de que la hija creció,  
cuanto la madre a todas, tanto a la madre la hija vencía.  
Rigió las aquemenias ciudades su padre Órcamo y él  
el séptimo desde su primitivo origen, desde Belo, se numera.  
Bajo el eje Vespertino están los pastos de los caballos del Sol:  
<sup>215</sup>ambrosia en vez de hierba tienen; ella sus cansados miembros  
de los diurnos menesteres nutre y los repara para su labor.  
Y mientras los cuadrípedes allí celestes pastos arrancan  
y la noche su turno cumple, en los tálamos el dios penetra amados,  
tornado en la faz de Eurínome, la genetriz, y entre  
<sup>220</sup>una docena de sirvientas, a Leucótoe, a las luces, divisa,  
que ligeras hebras sacaba, girando el huso.  
Así pues, cuando cual una madre hubo dado besos a su querida hija:  
“Un asunto”, dice “arcano es: sirvientas, retiraos, y no  
arrebatad el arbitrio a una madre de cosas secretas hablar.”  
<sup>225</sup>Habían obedecido, y el dios, el tálamo sin testigo dejado:  
“Aquel yo soy”, dijo, “que mido el largo año,  
todas las cosas quien veo, por quien ve todo la tierra,  
del cosmos el ojo: a mí, créeme, complaces.” Se asusta ella y del miedo  
la rueca y el huso cayeron de sus dedos remisos.  
<sup>230</sup>El propio temor decor le fue, y no más largamente él demorándose  
a su verdadero aspecto regresó y a su acostumbrado nitor;

mas la virgen, aunque aterrada por la inesperada visión,  
vencida por el nitor del dios, dejando su lamento, su fuerza sufrió.

“Se enojó Clitie, pues tampoco moderado había sido  
<sup>235</sup>en ella del Sol el amor, y acuciada de la rival por la ira,  
divulga el adulterio y a la difamada ante su padre  
acusa; él, feroz e implacable, a la que suplicaba  
y tendía las manos a las luces del Sol y que: “Él  
fuerza me hizo contra mi voluntad”, decía, la sepultó, sanguinario,  
<sup>240</sup>bajo alta tierra y un túmulo encima añade de pesada arena.

Lo disipa con sus rayos de Hiperión el nacido y camino  
te da a ti por donde puedas sacar tu sepultado rostro;  
y tú ya no podías, matada tu cabeza por el peso de la tierra,  
ninfa, levantarla, y cuerpo exangüe yacías:

<sup>245</sup>nada que aquello más doliente se cuenta que el moderador de los voladores  
caballos, después de los fuegos de Faetonte, había visto.

Él ciertamente los gélidos miembros intenta, si pueda,  
de sus radios con las fuerzas, retornar al vivo calor;  
pero, puesto que a tan grandes intentos el hado se opone,  
<sup>250</sup>con néctar aromado asperjó su cuerpo y el lugar,  
y de muchas cosas antes lamentándose: “Tocarás, aun así, el éter”, dijo.

En seguida, imbuido del celeste néctar el cuerpo  
se licueció y la tierra humedeció con su aroma,  
y una vara a través de los terrones, insensiblemente, con raíces en ella hechas,  
<sup>255</sup>de incienso, se irguió, y el túmulo con su punta rompió.

Mas a Clitie, aunque el amor excusar su dolor,  
y su delación el dolor podía, no más veces el autor de la luz  
acudió y de Venus la moderación a sí mismo se hizo en ella.

Se consumió desde de aquello, demencialmente de sus amores haciendo uso,  
<sup>260</sup>sin soportar ella a las ninfas, y bajo Júpiter noche y día  
se sentó en el suelo desnuda, desnudos, despeinada, sus cabellos,  
y durante nueve luces sin probar agua ni alimento,  
con mero rocío y las lágrimas suyas sus ayunos cebó  
y no se movió del suelo; sólo contemplaba del dios  
<sup>265</sup>el rostro al pasar y los semblantes suyos giraba a él.

Sus miembros, cuentan, se prendieron al suelo, y una lívida palidez  
vertió parte de su color a las exangües hierbas;  
tiene en parte un rubor, y su cara una flor muy semejante a la violeta cubre.

Ella, aunque por una raíz está retenida, al Sol  
<sup>270</sup>se vuelve suyo y mutada conserva su amor.”

### **Las hijas de Minias (II)**

Había dicho, y el hecho admirable había cautivado los oídos.  
Parte que ocurrir pudiera niegan, parte, que todo los verdaderos  
dioses pueden, recuerdan: pero no también Baco entre ellos.

Se reclama a Alcítoe, después de que callaron sus hermanas.

<sup>275</sup>La cual, por el radio haciendo correr las hebras de la tela puesta:

“Por divulgados callo”, dijo, “del pastor Dafnis del  
Ida los amores, a quien su ninfa por la ira de su rival  
confirió a una roca: tan gran dolor abrasa a los amantes;  
y no hablo de cómo en otro tiempo, innovada la ley de la naturaleza,  
<sup>280</sup>ambiguo fuera, ora hombre, ora mujer Sitón.

A ti también, ahora acero, en otro tiempo fidelísimo al pequeño  
Júpiter, Celmis, y a los Curetes, engendrados por larga lluvia,  
y a Croco, en pequeñas flores, con Esmílace, tornado:  
a todos dejo de lado, y vuestros ánimos con una dulce novedad retendré.

### **Sálmacis y Hermafrodito**

<sup>285</sup>De dónde que infame sea, por qué con sus poco fuertes ondas  
Sálmacis enerva y ablanda los miembros por ella tocados,  
aprended. La causa se ignora; el poder es conocidísimo del manantial.

A un niño, de Mercurio y la divina Citereide nacido,  
las náyades nutrieron bajo las cavernas del Ida,

<sup>290</sup>del cual era la faz en la que su madre y padre  
conocerse pudieran; su nombre también trajo de ellos.

Él, en cuanto los tres quinquenios hizo, los montes  
abandonó patrios y, el Ida, su nodriza, dejado atrás,  
de errar por desconocidos lugares, de desconocidas corrientes

<sup>295</sup>ver, gozaba, su interés aminorando la fatiga.

Él incluso a las licias ciudades, y a Licia cercanos, los carios

llega: ve aquí un pantano, de una linfa diáfana  
hasta el profundo suelo. No allí caña palustre,  
ni estériles ovas, ni de aguda cúspide juncos:

<sup>300</sup>perspicuo licor es; lo último, aun así, del pantano, de vivo  
césped se ciñe, y de siempre verdeantes hierbas.

Una ninfa lo honra, pero ni para las cacerías apta ni que los arcos  
doblar suela ni que competir en la carrera,  
y única de las náyades no conocida para la veloz Diana. <sup>305</sup>

<sup>305</sup>A menudo a ella, fama es, le dijeron sus hermanas:

“Sálmacis, o la jabalina o las pintas aljabas coge,  
y con duras cacerías tus ocios mezcla.”



Ni la jabalina coge ni las pintas ella aljabas,  
ni con duras cacerías sus ocios mezcla,  
<sup>310</sup>sino ora en la fontana suya sus hermosos miembros lava,  
a menudo con peine del Citoro alisa sus cabellos  
y qué le sienta bien consulta a las ondas que contempla,  
ahora, circundando su cuerpo de un muy diáfano atuendo,  
bien en las mullidas hojas, bien en las mullidas se postra hierbas,  
<sup>315</sup>a menudo coge flores. Y entonces también por azar las cogía  
cuando al muchacho vio, y visto deseó tenerlo.

Aun así, no antes se acercó, aunque tenía prisa por acercarse,  
de que se hubo compuesto, de que alrededor se contempló los atuendos,  
y fingió su rostro, y mereció el hermosa parecer.  
<sup>320</sup>Entonces, así empezando a hablar: “Muchacho, oh, dignísimo de que se crea  
que eres un dios, o si tú dios eres, puedes ser Cupido,  
o si eres mortal, quienes te engendraron dichosos,  
y tu hermano feliz, y afortunada seguro  
si alguna tú hermana tienes, y la que te dio sus pechos, tu nodriza;  
<sup>325</sup>pero mucho más que todos, y mucho más dichosa aquélla,  
si alguna tú prometida tienes, si a alguna dignarás con tu antorcha,  
ésta tú, si es que alguna tienes, sea furtivo mi placer,  
o si ninguna tienes, yo lo sea, y en el tálamo mismo entremos.”  
La náyade después de esto calló; del muchacho un rubor la cara señaló  
<sup>330</sup>—pues no sabe qué el amor—, pero también enrojecer para su decor era.  
Ese color el de los suspendidos frutos de un soleado árbol,  
o el del marfil teñido es, o, en su candor, cuando en vano  
resuenan los bronces auxiliares, el de la rojeciente luna.  
A la ninfa, que reclamaba sin fin de hermana, al menos,  
<sup>335</sup>besos, y ya las manos a su cuello de marfil le echaba:  
“¿Cesas, o huyo, y contigo”, dice él, “esto dejo?”  
Sálmacis se atemorizó y: “Los lugares estos a ti libres te entrego,  
huésped”, dice, y simula marcharse su paso tornando;  
entonces también, mirando atrás, y recóndita ella de arbustos en una espesura,  
<sup>340</sup>se ocultó y en doblando la rodilla se abajó. Mas él,  
claro está, como inobservado y en las vacías hierbas,  
aquí va y allá y acullá, y en las retozonas ondas  
las solas plantas de sus pies y hasta el tobillo baña;  
sin demora, por la templanza de las blandas aguas cautivado,  
<sup>345</sup>sus suaves vestimentas de su tierno cuerpo desprende.  
Entonces en verdad complació él, y de su desnuda figura por el deseo  
Sálmacis se abrasó; flagran también los ojos de la ninfa

no de otro modo que cuando nitidísimo en el puro orbe  
en la opuesta imagen de un espejo se refleja Febo;  
<sup>350</sup>y apenas la demora soporta, apenas ya sus goces difiere,  
ya desea abrazarle, ya a sí misma mal se contiene, amente.  
Él, veloz, con huecas palmas palmeándose su cuerpo  
abajo salta, y a las linfas alternos brazos llevando  
en las líquidas aguas se trasluce, como si alguien unas marfileñas  
<sup>355</sup>estatuas cubra, o cándidos lirios, con un claro vidrio.  
“Hemos vencido y mío es” exclama la náyade, y toda  
ropa lejos lanzando, en mitad se mete de las ondas  
y al que lucha retiene y disputados besos le arranca  
y le sujeta las manos y su involuntario pecho toca,  
<sup>360</sup>y ahora por aquí del joven alrededor, ahora se derrama por allá;  
finalmente, debatiéndose él en contra y desasirse queriendo,  
lo abraza como una serpiente, a la que sostiene la regia ave y  
elevada la arrebató: colgando, la cabeza ella y los pies  
le enlaza y con la cola le abraza las expandidas alas;  
<sup>365</sup>o como suelen las hiedras entretejer los largos troncos  
y como bajo las superficies el pulpo su apresado enemigo  
contiene, de toda parte enviándole sus flagelos.  
Persiste el Atlantíada y sus esperados goces a la ninfa  
deniega; ella aprieta, y acoplada con el cuerpo todo,  
<sup>370</sup>tal como estaba prendida: “Aunque luches, malvado”, dijo,  
“no, aun así, escaparás. Así, dioses, lo ordenéis, y a él  
ningún día de mí, ni a mí separe de él.”  
Los votos tuvieron sus dioses, pues, mezclados, de los dos  
los cuerpos se unieron y una faz se introduce en ellos  
<sup>375</sup>única; como si alguien, que juntos conduce en una corteza unas ramas,  
al crecer, juntarse ellas, y al par desarrollarse contempla,  
así, cuando en un abrazo tenaz se unieron sus miembros,  
ni dos son, sino su forma doble, ni que mujer decirse  
ni que muchacho, pueda, y ni lo uno y lo otro, y también lo uno y lo otro, parece.  
<sup>380</sup>Así pues, cuando a él las fluentes ondas, adonde hombre había descendido,  
ve que semihombre lo habían hecho, y que se ablandaron en ellas  
sus miembros, sus manos tendiendo, pero ya no con voz viril,  
el Hermafrodito dice: “Al nacido dad vuestro de regalos,  
padre y también genetriz, que de ambos el nombre tiene,  
<sup>385</sup>que quien quiera que a estas fontanas hombre llegara, salga de ahí  
semihombre y súbitamente se ablande, tocadas, en las aguas.”  
Conmovidos ambos padres, de su nacido biforme válidas las palabras

hicieron y con una incierta droga la fontana tiñeron.”

### **Las hijas de Minias (III)**

El fin era de sus palabras, y todavía de Minias la prole  
<sup>390</sup>apresura la tarea y desprecia al dios y su fiesta profana,  
cuando unos tímpanos súbitamente, no visibles, con roncosp  
sonidos en contra rugen, y la flauta de combado cuerno,  
y tintineantes bronces suenan; aroman las mirras y los azafranes  
y, cosa que el crédito mayor, empezaron a verdecer las telas  
<sup>395</sup>y, de hiedra en la faz, a cubrirse de frondas la veste suspendida;  
parte acaba en vides, y los que poco antes hilos fueron,  
en sarmiento se mutan; de la hebra un pámpano sale;  
la púrpura su fulgor acomoda a las pintas uvas.  
Y ya el día pasado había y el tiempo llegaba  
<sup>400</sup>al que tú ni tinieblas, ni le pudieras decir luz,  
sino con la luz, aun así, los confines de la dudosa noche:  
los techos de repente ser sacudidos, y las grasas lámparas arder  
parecen, y con rútilos fuegos resplandecer las mansiones,  
y falsos espectros de salvajes fieras aullar:  
<sup>405</sup>y ya hace tiempo se esconden por las humeantes estancias las hermanas  
y por diversos lugares los fuegos y las luces evitan,  
y mientras buscan las tinieblas, una membrana por sus pequeñas articulaciones  
se extiende e incluye sus brazos en una tenue ala;  
y, de qué en razón hayan perdido su vieja figura,  
<sup>410</sup>saber no permiten las tinieblas. No a ellas pluma las elevaba,  
a sí se sostenían, aun así, con perlúcidas alas,  
y al intentar hablar, mínima y según su cuerpo una voz  
emiten, y realizan sus leves lamentos con un estridor,  
y los techos, no las espesuras frecuentan, y la luz odiando,  
<sup>415</sup>de noche vuelan y de la avanzada tarde tienen el nombre.

### **Atamante e Ino**

Entonces en verdad por toda Tebas de Baco memorable  
el numen era y las grandes fuerzas del nuevo dios  
su tía materna narra por todas partes, y de tantas hermanas, ajena  
ella sola al dolor era: salvo al que le hicieron sus hermanas.  
<sup>420</sup>Reparó en ella –que por sus nacidos y el tálamo de Atamante tenía  
subidos los ánimos, y por su prohijado numen– Juno,  
y no lo soportó, y para sí: “¿Ha podido de una rival el nacido  
tornar a los meonios marineros y en el piélagos sumergirlos,

y, para que sean destrozadas, a su madre dar de su hijo las entrañas,  
<sup>425</sup>y a las triples Mineides cubrir con nuevas alas?

¿Nada habrá podido Juno, sino no vengados llorar sus dolores?

¿Y esto para mí bastante es? ¿Esta sola la potencia nuestra es?

Él mismo enseña qué haga yo –lícito es también del enemigo aprender–,

y qué el furor pueda, de Penteo con el asesinato bastante

<sup>430</sup>y de más ha mostrado: ¿por qué no agujonearle y que vaya  
por los consanguíneos ejemplos con sus propios furores Ino?

Hay una vía declive, nublada por el funesto tejo:

lleva, a través de mudos silencios, a las infernas sedes;

la Estige nieblas exhala, inerte, y las sombras recientes

<sup>435</sup>descienden allí y espectros que han cumplido con sus sepulcros:

la palidez y el invierno poseen ampliamente esos lugares espinosos y, nuevos,

por dónde sea el camino, los manes ignoran, el que lleva a la estigia

ciudad, dónde esté la fiera regia del negro Dis.

Mil entradas la capaz ciudad, y abiertas por todos lados sus puertas

<sup>440</sup>tiene, y como los mares de toda la tierra los ríos,

así todas las almas el lugar acoge este, y no para pueblo

alguno exiguo es, o que una multitud ingresa, siente.

Vagan exangües, sin cuerpo y sin huesos, las sombras,

y una parte el foro frecuentan, parte los techos del más bajo tirano,

<sup>445</sup>una parte algunas artes, imitaciones de su antigua vida,

ejercen, a otra parte una condena coerce.

Soporta ir allí, su sede celeste dejada

–tanto a sus odios y a su ira daba–, la Saturnia Juno;

adonde una vez que entró y por su sagrado cuerpo oprimido

<sup>450</sup>gimió el umbral, sus tres caras Cérbero sacó

y tres ladridos a la vez dio; ella a las Hermanas,

de la Noche engendradas, llama, grave e implacable numen:

de la cárcel ante las puertas cerradas con acero estaban sentadas,

y de sus cabellos peinaban negras serpientes.

<sup>455</sup>A la cual una vez reconocieron entre las sombras de la calina,

se pusieron de pie las diosas; Sede Maldita se llama:

sus entrañas ofrecía Titio para ser desgarradas, y sobre nueve

yugadas se extendía; por ti, Tántalo, ningunas

aguas pueden aprehenderse, y el que asoma huye, ese árbol;

<sup>460</sup>o buscas o empujas la que ha de retornar, Sísifo, roca;

se gira Ixión y a sí mismo se persigue y huye,

y las que preparar la muerte de sus primos osaron,

asiduas ondas, que perderán, vuelven a buscar, las Bélides.











































































































































































































































































































































































































































































































































































